

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

LUCIANO DE SAMOSATA



**FILOSOFIA
Y LETRAS**

*Tesis que, para obtener el grado
de Maestro en Lenguas y Litera-
turas Clásicas, presenta Edith J.
Weidenheim de Amador*



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E

	Pág.
Capítulo I.—Luciano, Genio Olvidado	5
Capítulo II.—La Vida de Luciano	8
Capítulo III.—Las Obras de Luciano	16
1.—Diálogos Breves	
2.—Obras Retóricas	
3.—Obras Autobiográficas	
4.—Narraciones	
5.—Religiones	
6.—Sociología	
7.—Filosofía	
8.—Crítica Literaria	
9.—Discusiones entre los Dioses	
10.—Visitas a Hades	
11.—Prólogos	
12.—Invectiva	
13.—Obras Misceláneas	
Capítulo IV.—El Estilo de Luciano	28
Capítulo V.—Luciano, Cuentista	38
1.—Cuentos de lo Sobrenatural	
2.—Mitos y Leyendas	
3.—Tradiciones	
4.—La Historia Verídica	
Capítulo VI.—Luciano ante el Cristianismo y la Ciencia	48
Capítulo VII.—El Iconoclasta Frente a su Época	54
1.—La Época de Luciano	
2.—Los Ricos	
3.—Pasatiempos y Estudios	
4.—Los Asalariados	
5.—Religiones, Supersticiones y Charlatanismo	
6.—La Medicina	
7.—La Ética	
8.—La Política	
9.—Dichos Populares	

CAPITULO I

LUCIANO, GENIO OLVIDADO

Luciano de Samosata, uno de los grandes genios de la literatura griega, yace casi olvidado hoy. Todo el mundo conoce cuando menos los nombres de los otros gigantes del pensamiento griego—Homero, Esquilo, Eurípides, Sófocles, Sócrates, Platón y los demás—, pero si uno les habla del gran Luciano, se quedan atónitos y preguntan “¿Quién?”

Si Luciano fuese un autor excelente pero aburrido, como tantos que hay, este olvido sería fácil de explicar. Pero la obra de Luciano no sólo es sumamente amena, sino que encierra mucho de valor para nuestra época, que se asemeja grandemente a la de Luciano.

La clave de este olvido es sencilla de hallar: La grandeza de Luciano ha sido víctima del convencionalismo que siempre lucha contra el pensamiento libre, franco, penetrante y atrevido. Los convencionalistas jamás han querido oír la verdad, y Luciano fué ante todo un apóstol de la verdad.

El olvido casi completo en que Luciano se halla actualmente no fué siempre así. Otras épocas supieron apreciarlo en su verdadero valor como una fuente de pensamiento libre de toda clase de frenos convencionalistas. Mientras Luciano vivía, en el Siglo II de nuestra era, su popularidad fué tal que viajó por el Imperio Romano, dando conferencias y sosteniéndose alegre y decorosamente con los ingresos que obtenía así. Después de su muerte, siguió siendo tan popular que durante varios siglos continuaron escribiendo imitadores suyos, tratando de hacer pasar por auténticas las obras lucianescas que producían.

Y cuando Europa comenzó a despertar de su estupor medieval y se encontró frente a la rica herencia de la cultura greco-romana, entre la cual estaban las obras de Luciano, este autor volvió a gozar de gran prestigio. No sólo fué leído por los más destacados hombres del Renacimiento, sino que Erasmo hasta se puso a traducir al latín varias de sus obras, y aun a escribir una réplica a uno de los trabajos retóricos de Luciano. Era tanto el interés

que Luciano despertaba, que varios humanistas de aquella época cruzaron correspondencia a su respecto. El secretario humanista de Enrique VIII estudiaba a Luciano en el original griego, cambiando opiniones con Erasmo sobre sus obras.

Después de pasado el Renacimiento, el estudio de los autores clásicos en general decreció en popularidad y la obra de Luciano en particular fué relegada prácticamente al olvido. Esto se debió principalmente al carácter tan poco ortodoxo de Luciano. Su obra no convenía de ninguna manera como texto universitario, porque se consideraba como poco menos que una carga explosiva lanzada en contra de toda creencia positivista, aumentada y vivificada con burlas hirientes dirigidas contra todo lo que se enseña a los estudiantes a fin de hacerlos miembros dóciles de la sociedad.

Al adoptar los catedráticos esta actitud, sólo siguieron la senda ya marcada por la Iglesia Católica al desechar los escritos de Luciano como heréticos en extremo—no porque este autor pagano, quien vivió en era cristiana, haya atacado al Cristianismo, sino porque es demasiado fácil aplicar a esta fe los ataques que Luciano hizo contra las religiones y filosofías paganas. Luciano, aun depurado de sus frecuentes alusiones a las costumbres licenciosas de los antiguos, tampoco podría servir como texto en las universidades libres, porque las mofas, invectivas y ataques perfectamente fundados en la lógica que dirige contra los filósofos-maestros, contra los ricos y los gobernantes, contra las costumbres más venerables, son todos demasiado agudos para que los estudiantes despiertos no pensasen en aprovecharlos.

Para justificar este relego de Luciano al olvido, se ha argumentado que su punto de vista es negativo y destructor, que barre con todo—con dioses y templos, con supersticiones y conveniencias sociales, con las filosofías, con el respeto y honra debidos a los pilares de la sociedad—y que por lo tanto es peligroso.

El punto de vista contrario es que quien busca la verdad no ha de cerrar sus ojos u oídos a nada, y que quien considera que sus creencias están fundadas en una base sólida, no debe tener miedo de oír opiniones contrarias, sino escuchar y pensarlas serenamente. En el caso de Luciano, el que lea su obra con imparcialidad se encontrará compensado no sólo con la gracia y humor centelleantes de este autor sino también con la convicción de que Luciano mismo era un hombre honrado, humanitario y casi cristiano dentro de su

orientación espiritual pagana. Y si un hombre que todo lo ataca, todo lo derrumba a fuerza de crítica mordaz y razonada, es tal en el fondo de su ser, el lector desapasionado se sentirá consolado y fortificado en su propia moral, gracias a la influencia de Luciano.

Por si lo anterior sonase como si Luciano fuese un anti-Cristo, oigamos el parecer de Suidas sobre él:

“Luciano de Samosata, apodado el Blasfemador, porque alega en sus diálogos que son absurdas las cosas que se cuentan de los dioses. . . . Primero fué un litigante en Antioquía, pero como tuvo poco éxito, se dedicó a la composición de discursos, y sus escritos son innumerables.

“Se dice que fué muerto por unos perros, ya que él mismo fué un rabioso en contra de la verdad. Pues en su **Vida de Peregrino** ataca al Cristianismo y, como mal hombre que fué, blasfema en contra del mismo Cristo. Y por esta locura suya sufrió un merecido castigo en esta vida, y ya para siempre, juntamente con Satanás, será heredero del fuego eterno.” (1)

Este pasaje hace sonreír a quien conozca la obra de Luciano quien, lejos de ser un enemigo de la verdad, abogó por ella apasionadamente durante toda su vida, llevando no pocos descalabros en su defensa. Fué un Quijote con la Verdad por Dulcinea, y cual el caballero manchego, sólo ya viejo y a punto de morir, rindió las armas. Y no sólo no atacó al Cristianismo, sino que se expresó en términos de gran admiración y asombro de la lealtad, generosidad y desapego a la vida mundana de los cristianos que él conoció.

La única alusión de Luciano que pudiera construirse tal vez como denigrante para el Cristo, no está en la **Vida de Peregrino** (que ni se titula así, sino **Muerte de Peregrino**) sino en el **Amante de las Mentiras**. Sin embargo, la furia reflejada en el comentario de Suidas indica que en su época (el Siglo X de nuestra era), la fuerza de la pluma de Luciano seguía siendo muy temida.

Vamos a ver quién fué Luciano, cómo vivió, qué rasgos personales lo caracterizaban y, después, qué escribió que despertase por él un terror que lleva ya casi dos mil años de duración.

CAPITULO II

LA VIDA DE LUCIANO

1.—Niñez. 2.—Educación. 3.—Madurez. 4.—Vejez

Lo poco que se sabe de la vida de Luciano está basado en unos cuantos datos auto-biográficos que él proporciona incidentalmente en su obra. Estos son escasos, pues como buen autor que fué, Luciano no era afecto a hablar de sí mismo, y el único escritor antiguo que hace referencia a su vida es Suidas, según ya hemos visto. Posiblemente los contemporáneos de Luciano lo consideraban una personalidad demasiado conocida para creer necesario apuntar los datos de su existencia.

I.—NIÑEZ

Luciano nació alrededor de 125 A. D. en Samosata, que era entonces la principal población de Comagene en Siria, en la orilla oeste del Eufrates. Samosata estaba a unos ciento noventa kilómetros de Antioquía.

No se sabe nada del origen de la familia de Luciano, pero por su mismo nombre algunos creen que tal vez haya sido de origen griego o greco-romano. Por lo que el propio Luciano nos cuenta, sabemos que de niño asistió unos cuantos años al colegio, pero al llegar a la adolescencia, su padre quiso que se le enseñase un oficio manual ya que, para citar las palabras de Luciano, “los estudios superiores requerían mucho esfuerzo, largo tiempo, grandes gastos y buena suerte, y nuestros recursos eran pocos y pedían rápido auxilio. Si yo aprendiese algún arte manual, en primer lugar me abastecería a mí mismo mediante él; ya no tendrían que alimentarme en casa, y dentro de poco tiempo podría alegrar a mi padre llevándole siempre mis ganancias.” (1)

A fin de decidir esta cuestión del porvenir del muchacho, su padre citó a varios amigos que se reunieron en su casa para discutir qué oficio sería “el más fácil de aprender y apropiado a la vez para un hombre libre, cuyos útiles fuesen fáciles de adquirir y que rindiese una ganancia adecuada.” (2) El resultado de la discusión

fué que el padre de Luciano lo entregara a su tío materno, quien estaba presente, encargándole que le enseñase su propio oficio, o sea el de escultor, agregando el padre: “Tiene capacidad para este trabajo, siendo diestro por naturaleza.”

Luciano cuenta que su padre creía esto porque—citamos nuevamente las palabras del mismo Luciano—:

“Cuando mis maestros me soltaban, raspaba la cera de mis tabletas (de estudio) y modelaba bueyes o caballos u hombres, bien formados en la opinión de mi padre. Entonces mis maestros me habían castigado por esto, pero ahora, (en la junta de familia), se me alababa por mi destreza y se tenían buenas esperanzas de que en breve aprendería el oficio, a juzgar por aquellos modelados.

“En cuanto llegó el día fijado para emprender yo mi nuevo oficio, fuí entregado a mi tío, y en verdad la cosa no me molestó, sino que me parecía un juego agradable, con la oportunidad de lucirme ante mis compañeros, esculpiendo dioses de piedra y modelando figuritas para mí mismo y para personas de mi afecto. Luego llegó el primer paso, y sucedió lo que suele suceder a los principiantes.

“Dándome un cincel, mi tío me ordenó que golpease suavemente una losa que estaba allí, agregando el dicho, ‘**Bien comenzado, medio acabado.**’ Pero debido a mi inexperiencia, golpeé demasiado fuerte y la losa se partió y mi tío, enojándose, tomó un palo que estaba allí cerca y me inició en el oficio en forma que no era suave ni alentadora, de manera que para mí la introducción al oficio consistió en lágrimas.

“Me le escapé a mi tío y regresé a mi casa, sollozando y con los ojos desbordando lágrimas, y les conté lo de la paliza y les enseñé mis golpes, acusando a mi tío de gran crueldad, agregando que él había obrado así por miedo de que yo le superase en el oficio. Mi mamá se enojó e injurió a su hermano. Cuando se hizo noche, me dormí, todavía lloroso y pensando en el palo.” (3)

Lo anterior, que Luciano narra en estilo novelesco, queda confirmado en otros pasajes de su obra. Dice que su abuelo fué escultor, lo mismo que sus dos tíos, quienes eran famosos en el ejercicio de su profesión, pero aparentemente esta fama no se tradujo en beneficios concretos para los padres de Luciano, que eran pobres.

II.—EDUCACION

Nada dice Luciano respecto a lo que hizo después de escaparse del aprendizaje para escultor. Por la carrera que hizo más tarde, de litigante primero y luego de literato-conferencista, puede afirmarse en concreto que no sólo se educó, sino que se educó a fondo, pues sus obras revelan un dominio del griego clásico, que en su época ya no se hablaba correctamente, y un conocimiento profundo de los antiguos autores griegos. Además de esto, Luciano sabía bastante de astronomía, mucha filosofía, y conocía no sólo la mitología griega, sino también los mitos y religiones, supersticiones y costumbres de toda clase de pueblos, inclusive el Egipto y los países del Asia Menor. Desde luego estaba completamente familiarizado con las costumbres romanas de su época, pues vivió y viajó en el Imperio Romano.

Pero cómo logró educarse es un misterio. Por lo que dice en su **Bibliófilo Ignorante**, parece que logró hacer sus estudios en un colegio algo aristocrático, ubicado posiblemente en Antioquía, que era el centro de enseñanza helenista más cercano a su población natal. No se sabe cómo lograría esto, ni quién le sufragaría sus gastos. El toca el punto sólo en términos alegóricos, al poner en boca de la Retórica las siguientes palabras:

“Cuando este hombre (Luciano) todavía era un muchacho, de habla bárbara y vistiendo prácticamente un caftán al modo sirio, lo encontré vagando por la Jonia, sin saber qué hacer consigo mismo; y yo me encargué de él y lo eduqué. . . . (Viajamos juntos) por la Grecia y la Jonia, y cuando él quiso ir a Italia, hicimos juntos la travesía del Adriático. Finalmente lo llevé hasta la Galia, haciéndole prosperar.” (4)

III.—MADUREZ

Por lo anterior se entiende que los viajes a que se refiere Luciano, fueron posibles gracias a su ejercicio de la profesión de **rhetor** o litigante. Luciano también nos informa que gracias a su ejercicio de la retórica, logró ser inscrito como ciudadano griego, pero poco después abandonó aquella profesión para dedicarse a la literatura. “Estuvo bien que yo,” dice, “hombre ya de unos cuarenta años, abandonase aquellos tumultos y pleitos, dejando las cortes en paz. . . . para ir a la Academia o al Liceo. . . . a fin de

pasearme conversando pacíficamente, sin necesitar ni de alabanzas ni de aplausos.” (5)

Aparentemente había llegado a sentir gran desprecio por su antigua profesión, pues también dice: “Luego que comprendí cuántos atributos desagradables han de tener forzosamente los litigantes—el engaño, la mentira, el atrevimiento, la gritería y el empuje desmedido, así como otros muchos—entonces huí de todo esto; y atraído, oh Filosofía, por tus bellezas, quise pasar el resto de mi vida bajo tu protección.” (6)

Así es que Luciano se instaló en Atenas alrededor del año de 165 A. D., y en ese mismo año asistió a los juegos Olímpicos, presenciando la auto-inmolación de Peregrino. Puede deducirse que había trabajado duramente en su profesión de litigante, con la mira de establecerse en su queridísima Atenas, ya que, aunque sirio por nacimiento, Luciano tenía el alma fanáticamente helenista.

Era el único aspecto fanático de este espíritu tan libre en todo lo demás. Aunque vivió bajo el Imperio Romano, y aunque el latín ya tenía siglos de gloria literaria, Luciano estaba tan enamorado de la cultura y lengua griegas que veía con sumo desprecio el latín, que casi no menciona en el transcurso de toda su obra. Su comentario más largo sobre el latín es, “Si yo entiendo algo de la lengua romana. . . .” (7). En sus escritos no cita a un solo autor romano, pero sí cita con frecuencia a los principales clásicos griegos, y especialmente a Homero. Ha de haber sabido latín, usándolo en sus viajes y tal vez hasta en sus conferencias en Italia y Galia, pero el amor supremo de su corazón era el griego clásico, que llegó a dominar con pureza ática.

Ya establecido en Atenas, parece que se dedicó nuevamente a los estudios, aprovechando para conocer a fondo la filosofía, pues en aquella época no se podía ignorar la filosofía si se deseaba ser considerado culto. Nos narra sus experiencias con los filósofos y las filosofías al decir:

“Luego que, escudriñando la vida, me di cuenta de que eran risibles, bajas e inseguras todas las cosas humanas—me refiero a la riqueza, la autoridad y la realeza—, las menosprecié y, considerando que los esfuerzos necesarios para obtenerlas nos impiden obtener lo que verdaderamente vale, traté de levantar la vista y ver el universo. Y me turbó mucho lo que los sabios llaman el universo, porque no podía encontrar cómo se hizo, ni por quién,

ni si tiene principio o fin. (Pagué cursos con varios filósofos) esperando aprender así el sistema del universo, pero ellos no sólo no me libraron de mi ignorancia primitiva, sino que me arrojaron en apuros mayores, inundando mi mente con primeras causas y fines y átomos y vacíos y materias e ideas.

“Lo que me parecía lo más confuso de todo era que ninguno estaba de acuerdo con lo que otro decía, sino que en todo estaban contrarios y en pugna unos con otros. Sin embargo, cada uno trataba de convencerme y ganarme a su teoría.” (8)

La reacción adversa de Luciano ante el estudio de la filosofía fué tan violenta que durante el resto de su vida no perdió oportunidad para escarnecer a los filósofos y sus filosofías. En efecto, casi todos sus escritos traen ataques contra ellos, y en muchos la mira única de Luciano es el destruir el respeto y la fe del público en los sistemas filosóficos y sus representantes.

No hay que creer que Luciano se enriqueciera de tal modo que al fijar su residencia en Atenas, pudiera ya dedicarse a una vida de literato sin preocupaciones pecuniarias. Aparentemente contaba con recursos para el futuro inmediato, pero tuvo que escribir y dar conferencias para seguirse sosteniendo. En esto tuvo bastante éxito, por el humor y franqueza penetrante que caracterizan sus obras, que también circulaban en copias manuscritas, de donde Luciano ha de haber recibido ingresos adicionales.

Sin embargo, Luciano nunca logró hacerse rico. Habla de “nosotros los pobres” (9), y a través de toda su obra critica a los ricos mientras defiende a los pobres.

Luciano no nos dice nada de su vida personal. Sólo sabemos que al tener éxito, primero como litigante y después como autor y conferencista, siguió tratando a su padre, porque en una obra suya dice que va a un puerto determinado “para reunirme con mi padre y otros familiares” (10). Aparentemente no se casó nunca, pues en toda su obra no alude ni a una esposa ni a hijos suyos. Al contrario, por los escritos de Luciano se deduce más bien que fué un intelectual mundano, libre de lazos conyugales.

Hay sólo un pasaje en el que Luciano parece revelarse como un enamorado, pero no está claro si lo estaba de veras o si sólo se trata de un gracioso final retórico. Está en su pequeño tratado **De los Sedientos**, en que narra cómo hay en Libia una víbora cuya mordida provoca gran sed, y cómo esta sed aumenta cuanto más

agua beba la víctima, ya que el líquido refuerza la acción del veneno, haciéndolo circular como fuego por las venas. Luciano termina este tratado diciendo:

“Con respecto a vosotros padezco algo similar a la sed que los mordidos sufren al beber: Cuanto más os frecuento, tanto más anhelo trataros, y la sed insaciable me quema y parece que jamás podré saciarme de tal bebida. Esto es sólo lo de esperarse, pues ¿en qué otra parte podría encontrar agua tan limpia y transparente? De manera que perdonadme si, con el alma traspasada por esta mordida dulcísima y saludabilísima, bebo y yazco anhelante sobre la fuente..... Pero no me puedo hartar de lo que de vosotros fluye, ni puede satisfacerse mi ansia de oídos, sino que quedo anhelante y todavía con sed. Es tal la sed que tengo de vosotros, que nada me impediría beber siempre. Porque, como dijo el sabio Platón, no existe la saciedad de lo bello.”(11)

Aunque Luciano no parece haberse enriquecido nunca, sí tuvo mucho éxito. En el **Sueño o Vida de Luciano**, que es un discurso ameno que hizo cuando regresó triunfante a su pueblo natal de Samosata, al tener unos cuarenta años de edad, describe su éxito, dándole la forma de una profecía hecha por la Educación a él en un sueño ficticio que dice haber tenido de niño. La Educación le dice:

“Si te vas al extranjero, no serás ni desconocido ni insignificante allí. Te pondré tales marcas de identificación que cada uno de los que te vean codeará a su vecino y te señalará con el dedo, diciendo, ‘Es aquél’..... Dicen que algunos hombres se hacen inmortales. Haré esto por ti. Aun al dejar tú la vida, nunca cesarás de frecuentar a personas cultas ni de platicar con los mejores.”(12)

En otro pasaje Luciano pone en boca de Platón: “Dicen que tú (Luciano) eres orador y abogado, y un mago con las palabras.”(13)

Se ve que Luciano sabía apreciar su propio genio, pues fué genial. Fué el único extranjero que lograrse incorporarse al grupo de los grandes escritores griegos; y aunque se le considera escritor helenista, por haber vivido fuera de la época clásica y por haber sido sirio de nacimiento, ninguna historia de la literatura griega está completa si no se mencionan sus obras.

Durante esta estancia en Atenas, Luciano fué mejorando la calidad de sus obras, conforme iba tomando confianza en sí mismo. Las primeras son sólo unos ejercicios de retórica, de los que entonces estaban de moda, consistentes en alegatos a favor de causas imaginarias; pero no fueron estos ejercicios sino los diálogos y conferencias de temas originales los que llevaron a Luciano a la grandeza literaria. Su pluma era tan franca que frecuentemente se veía en apuros y tenía que escribir nuevos artículos para aclarar y suavizar el contenido de trabajos que acababa de dar al público.

IV.—VEJEZ

Fué agitada su vida, y aparentemente su franqueza y su libertad de espíritu acabaron por dejarlo en una situación precaria, cuando ya tenía la vejez encima. Luciano era demasiado inteligente para no comprender que no puede uno seguir mesándole la barba a la Sociedad indefinidamente, sin ser llamado a cuentas algún día, pero aún así para él fué demasiado grande la tentación de armar revuelos con su franqueza hiriente.

Así es que ya de viejo Luciano, que había dejado de dar conferencias públicas, se vió forzado a reanudarlas para sostenerse. Lo encontramos leyendo en público un prólogo, **Hércules**, en que narra cómo los celtas identificaban a la elocuencia no con Hermes sino con Hércules, “porque Hércules es mucho más fuerte que Hermes” y para los celtas la elocuencia era una fuerza muy superior al poder físico. Luciano hace decir a los celtas: “Si representamos (a Hércules) como un viejo, no te sorprendas; porque la elocuencia sólo se revela en el pináculo de su perfección, en la vejez.... Tienen razón los poetas (al decir):La vejez tiene cosas más sabias que decir que la juventud.” (14)

A continuación Luciano se revela a sí mismo como un viejo un tanto preocupado por su situación, pero valiente y dispuesto a luchar. “Cuando estaba discutiendo conmigo mismo si había de dar o no esta conferencia,” dice, “preguntándome si estaba bien que, teniendo la edad que tengo y habiendo dejado hace mucho tiempo los discursos públicos, me sometiese de nuevo al veredicto de tantos jueces, me acordé oportunamente de la estatua (celta de Hércules, que representa a este dios como la Elocuencia, con cuerpo de viejo).... Cuando me acuerdo de ese Hércules, me propongo

hacer todo, y no me avergüenzo de tal atrevimiento, teniendo yo la misma edad que la estatua.

“¡Adiós, entonces, Fuerza, Agilidad, Belleza y todas las excelencias del cuerpo! ¡Ves cómo animo a mi edad y a mi vejez? Es por esto que me atreví hace tiempo . . . a lanzarme nuevamente al mar (de la lucha por la vida). ¡Oh dioses, que me mandéis buenos vientos, pues ahora sobre todo necesito de una brisa que me llene las velas y que me sea buena compañera, a fin de que, si logro algo digno, se me diga en las palabras de Homero:

‘A través de los harapos del viejo,
¡Qué fuertes se le ven los muslos!’ ” (15)

Pero a pesar del valor con que Luciano se puso a luchar por una vida independiente en su vejez, no prosperó. Aun así los dioses se acordaron de él y, asumiendo la forma del Gobierno Romano, le dieron un trabajo en Egipto, como oficial del Imperio. Sin embargo, ni con esto se le resolvieron a Luciano sus dificultades, porque había escrito en años anteriores un ataque contra todos los que venden su tiempo por dinero, diciendo que tal cosa era a todas luces degradante para un hombre libre.

Por lo tanto, cuando él se puso el yugo del servicio asalariado, todos tuvieron mucho gusto en recordarle la condenación que había hecho de tal modo de vivir, y de nuevo Luciano se vió obligado a escribir para defenderse de sus propias palabras. Esta defensa es su famosa **Apología**.

En ella comienza refiriéndose a su obra anterior, **De los Asalariados**, en que censuró el trabajo a base de sueldo. Cuenta que está “en su última vejez y ya casi en el límite (de sus recursos) al escoger para sí tan innoble servitud” (16). Agrega que puede haber quienes lo comparen con un mono amaestrado que tenía Cleopatra y que bailaba primorosamente—hasta que un día, cuando estaba danzando ante una concurrencia, vió cerca de sí un higo, que fué suficiente para hacerlo olvidar baile y música. Sin más, se arrancó su máscara de bailarín y, estrujándola, la tiró a un lado para arrojarse libre de estorbos sobre el higo.

Pero Luciano se defiende con su acostumbrada habilidad. Recuerda al público que en **De los Asalariados**, censuró no a los empleados públicos sino a los filósofos que entran a vivir en el domicilio de gente rica, a base de salario como cualquier sirviente, sin quedarles libertad personal alguna. Dice que su empleo es enteramente

distinto al de un sirviente particular; que se trata de “desempeñar un trabajo para el público y participar en la administración (imperial), recibiendo del rey un salario por este concepto” (17). A continuación nos informa que se ha encargado no “de lo más insignificante del Gobierno de Egipto..... (sino de) presentar litigios y colocarlos en su orden correcto y hacer registrar todo lo hecho y dicho al respecto, y controlar los alegatos de los litigantes y cuidar con buena fe los puntos de vista del gobernante lo más clara y exactamente posible, y conservarlos para la posteridad. Y el sueldo no es pagado por un particular sino por el rey; ni es pequeño sino que asciende a muchos talentos. Con este trabajo no son malas las esperanzas, si se desempeña debidamente, pues (puede llegarse a) gobernar un pueblo o tener otras funciones reales.”(18).

No se sabe si Luciano llegó a puestos de mayor importancia como burócrata romano. Se cree que murió allí mismo en Egipto, alrededor de 190 A. D. En esto los dioses también le fueron benignos, porque Egipto lo había fascinado durante toda su vida. Habló mucho de aquel país en sus escritos—de sus costumbres, sus dioses, sus supersticiones, sus monumentos—, y es de esperarse que en ese ambiente legendario recargado de misterios arcanos, Luciano pasara feliz los últimos años de su agitada existencia.

CAPITULO III

LAS OBRAS DE LUCIANO

- 1.—Diálogos Breves. 2.—Obras Retóricas. 3.—Obras Autobiográficas. 4.—Narraciones. 5.—Religiones. 6.—Sociología. 7.—Filosofía. 8.—Crítica Literaria. 9.—Discusiones entre los Dioses. 10.—Visitas a Hades. 11.—Prólogos. 12.—Invectiva. 13.—Obras Misceláneas.

Son tan variadas entre sí las obras de Luciano que nunca se han podido clasificar en forma definitiva, sino que cada uno de sus escasos comentadores se ha permitido ordenarlas de acuerdo con su propio parecer. No existe ni siquiera la posibilidad de ordenarlas con exactitud cronológica. Algunos editores han querido seguir el orden de las copias manuscritas antiguas, pero aun éstas varían

entre sí a este respecto. Otros han querido ordenarlas arbitrariamente, comenzando con el **Sueño**, en que Luciano se refiere a su niñez, pero desde luego se ve que es falaz un razonamiento que parte de la base de que un relato autobiográfico es necesariamente el punto de partida de las obras de un autor.

Suele considerarse que ascienden a ochenta y dos los escritos dejados por Luciano, pero hay mucha discrepancia de opiniones sobre cuáles de ellos son genuinos y cuáles espurios.

Son dos los indicios para saber cuáles son obras legítimas de Luciano: el idioma y el estilo. En cuanto al idioma, hasta helenistas expertos se han equivocado al juzgar de la autenticidad de determinados escritos, porque Luciano, a fuerza de estudiar, leer y memorizar las obras más notables de los clásicos griegos, logró tal dominio del idioma y aún de los dialectos y neologismos del mismo, que en varios casos cambió su estilo deliberadamente, como es el caso con **La Diosa de la Siria**, en que recurre al dialecto jónico arcaico, al estilo de Herodoto, para crear a las leyendas religiosas incorporadas a dicha obra, un ambiente de belleza arcana. Esta obra pudiera no ser de Luciano, pero la mayoría de los críticos creen que sí es suya.

Otro caso dudoso es el tratado **De Astrología**. Cuando A. M. Harmon, de la Universidad de Yale, comenzó a publicar su traducción al inglés de las obras de Luciano, no creía que **De Astrología** fuera de Luciano; pero cuando llegó al quinto tomo e incorporó a dicha obra en él, ya había cambiado de opinión, haciendo constar allí que sí cree que se trata de un trabajo genuino de Luciano.

En cuanto al segundo punto de criterio para juzgar del carácter de estos escritos dudosos, o sea el de la calidad de las obras, es un indicio más bien subjetivo e intuitivo de parte del crítico. Todos están de acuerdo, por ejemplo, en que **Longevos** difícilmente es de Luciano, porque es apenas una enumeración de personajes antiguos que lograron vivir hasta una vejez extrema, sin mayores datos, y Luciano no hubiera desaprovechado tan pobremente un tema tan rico en potencialidades. Por otra parte, la opinión está dividida en cuanto a la autenticidad de la **Historia Verídica**.

En la lista que se da a continuación, se han señalado con un asterisco las obras de autenticidad dudosa.

La clasificación que aquí se da de las obras de Luciano, debe considerarse sólo como una de tantas que podrían hacerse, varian-

do todas entre sí de acuerdo con los puntos de vista del clasificador. Luciano es un escritor demasiado versátil para prestarse a moldes duros y definitivos.

1.—DIALOGOS BREVES

Diálogos de los Dioses
Diálogos de los Muertos
Diálogos de las Hetairas
Diálogos Marinos

Modernamente estos Diálogos son lo más conocido de la obra de Luciano y esto justificadamente, pues si bien es en otros escritos que se encuentra su verdadero pensamiento, en estos Diálogos es adonde mejor se ha destilado su gracia. De los cuatro grupos, los **Diálogos de los Dioses** son los más brillantes. En ellos Luciano luce genialmente su fina burla de la teología griega, con laconismo clásico. Es tal el dominio de Luciano en este género que algunos han creído que escribiría los diálogos para ponerlos de ejemplo a estudiantes del mismo. Sin ningún esfuerzo aparente, plantea, desarrolla y resuelve en pláticas cortísimas entre los dioses, situaciones escabrosas que han surgido entre ellos.

Los **Diálogos de los Muertos** no son tan divertidos como los de los Dioses, ya que en ellos Luciano recurre demasiado al mismo tema, o sea al de la paridad absoluta en que la muerte coloca a todos. También puede deberse a lo triste de la **mise en scene** que contrasta penosamente, por la desesperación y tedio uniformes de los muertos indiferenciables entre sí, con la alegría pícaro de los dioses inmortales. Hay en ellos un desfile de personajes famosos—Sócrates, Diógenes, Helena de Troya, Crespo, Midas, Alejandro el Magno, y otros—pero todos ellos son sólo esqueletos, de cráneo descarnado y nariz chata. Para ponerlo en las palabras del muerto Ménipo: “Todos por igual tenemos los ojos vacíos; sólo las cuencas nos quedan.”⁽¹⁾

Los **Diálogos de las Hetairas** dan a Luciano oportunidad amplia para discurrir sobre cuestiones eróticas con su malicia acostumbrada, y aparte del interés inherente al tema, revelan a Luciano como un conocedor profundo de la psicología femenina, además de proporcionar referencias curiosas sobre las costumbres de su época.

Los **Diálogos Marinos** son diálogos entre divinidades del mar, y constituyen el menos importante de los cuatro grupos.

2.—OBRAS RETORICAS

Falaris I y II
Alabanza de la Mosca
El Salón
A quien dijo, eres un Prometeo hablando
Sobre un lapso al saludar
Tiranicida
Desheredado
El Baile
Imágenes
Sobre las imágenes
No creer fácilmente la calumnia
* Amores
* Longevos
* Alabanza de la Patria
* Caridemo o la Belleza
* Filopatris o el Alumno
* Elogio de Demóstenes
* El Parásito o Arte de ser Parásito
* Hippias o el Baño
* Juicio de las Vocales
* De Astrología
* Nerón o la Perforación del Istmo

Como se ve, este grupo es el que comprende la mayoría de las obras posiblemente espurias, por ser el que más se prestaba a imitaciones. Los críticos de Luciano están de acuerdo en que sus obras retóricas corresponden a la primera etapa de su producción. Algunas de las obras citadas no son retórica pura, pero ya se ha dicho que es difícil, por no decir imposible, establecer una clasificación rígida de las obras de Luciano. **Tiranicida** y **Desheredado** sí son simples ejercicios retóricos, basados en temas populares en la época de Luciano para esta clase de alegatos a favor de causas imaginarias.

Imágenes y **Sobre las Imágenes** merecen mención especial por ser casi las peores de las obras de Luciano. En ellas Luciano, que en toda su obra censura a los aduladores, sobrepasa a todos ellos, al alabar a Pantea, la favorita del Emperador Vero. En efecto, su alabanza de ella en **Imágenes** es tan extremada—dice que “en be-

lleza (Pantea) le disputa a la misma Afrodita dorada, y en talento iguala a Atena'' (2)—que la propia Pantea protestó, y Luciano tuvo que recurrir a su defensa usual en tales casos, o sea la de escribir otro tratado, **Sobre las Imágenes**. Al referirse a estas dos obras, La Croze dijo: "Hic adulatorum derisor Lucianus omnes adultores vincit!" (3)

3.—OBRAS AUTOBIOGRAFICAS

El Sueño o la Vida de Luciano
Dos Veces Acusado
Apología

Se ha mencionado cómo, en el **Sueño**, Luciano habla de su niñez y de su resolución de educarse. En **Dos Veces Acusado** se defiende contra la acusación proferida en su contra por la Retórica, por haberla abandonado después de haber recibido tantos beneficios de ella, y también contra la acusación de Diálogo, quien se queja de que Luciano lo ha transformado, del ser semi-celestial que era en manos de Platón, en una criatura mundana y burlesca. Esta transformación efectuada por Luciano del diálogo griego marca un importante paso literario. Sabemos que en su **Apología** Luciano trata de justificarse por haber aceptado un puesto asalariado.

4.—NARRACIONES

El Amante de las Mentiras, o el Incrédulo
Toxaris, o la Amistad
* Lucio o el Asno
* Historia Verídica I y II

Luciano ameniza toda su obra mediante la intercalación de cuentos y mitos, de manera que puede decirse que se hallan narraciones en toda ella. Sin embargo, sólo las obras citadas en este grupo consisten exclusivamente en cuentos.

En el **Amante de las Mentiras**, Luciano describe una reunión de amigos alrededor del lecho de un enfermo. Todos los presentes se ponen a contar cuentos de magos, de hechizos y de aparecidos, estando entre ellos el cuento del Aprendiz del Brujo. Claro que Luciano, que era esencialmente racional y científico en su modo de pensar, no creía sino en los hechos palpables, y así narra todos estos cuentos con objeto de poner en ridículo la incredulidad pre-

valeciente en esa época, como en todas, inclusive la presente, respecto a aparecidos y brujos. Es interesante notar cuán poco han variado las condiciones para que un espíritu “ande.” Dice Luciano:

“Sólo las almas de los muertos por violencia andan, como, por ejemplo, alguien que se haya ahorcado o que haya sido decapitado o crucificado, o que haya muerto en forma parecida. . . .” (4)

Toxaris o la Amistad está compuesto de diez cuentos, de los cuales cinco son narrados por un griego y cinco por un escita, con la mira de demostrar cada quien que entre su pueblo son más firmes los lazos de la amistad que entre el de su contrario. Cada uno apuesta su mano derecha, que se cortará de ser derrotado.

Es particularmente interesante uno de los cuentos que trata de un escita quien anda de viaje con su esposa y sus dos hijos, y con un amigo herido. Al pasar la noche en el piso superior de una posada, estalla un incendio, y el escita, cargando al amigo en sus brazos, sale del edificio, diciendo a su esposa que se encargue de los niños y los saque con ella. La esposa lleva consigo a la niña, de nueve años, de la mano, cargando al bebé en los brazos, pero al salir tropieza y el niño muere al caer en las llamas, salvándose sólo la madre y su hija. Al reclamar otra persona al escita su abandono de su mujer y niños en semejante peligro, el escita contesta que fácilmente puede hacerse de más hijos—y no tiene la seguridad de que le resulten buenos o malos—pero que muy difícilmente podrá hacerse de otro amigo tan bueno y leal como el que salvó del incendio.

Como se ve por este ejemplo, los cuentos de Luciano son interesantes no sólo en sí sino también por los datos que proporcionan sobre los puntos de vista y costumbres de aquella época.

Casi todos los críticos están de acuerdo en que **Lucio o el Asno** es obra espuria. Sin embargo, es de mucho mérito literario. Su tema son las aventuras de un hombre transformado accidentalmente en asno, hasta que logra reasumir su forma original, y en variedad e interés rivaliza con los cuentos de las **Mil y Una Noches** y las novelas picarescas de España.

En la **Historia Verídica** Luciano narra los percances sufridos en un viaje imaginario. Como veremos más adelante, esta obra es muy importante no sólo en sí sino como precursora de muchas obras sobresalientes de la literatura europea.

5.—RELIGIONES

La Diosa de la Siria
Alejandro, Pseudoprofeta
De los Sacrificios
Zeus Refutado
Zeus Trágico
Saturnalia
Cronosolón
Epístolas Saturnales

En **La Diosa de la Siria** Luciano narra las circunstancias legendarias relacionadas con el establecimiento del templo de la diosa Hera en la Siria, y nos da la oportunidad de comprobar la exactitud que suele emplear al descubrir costumbres y ritos exóticos, pues las investigaciones del sabio inglés Frazer, sobre supersticiones y tradiciones religiosas, corroboran muchos de los datos curiosos que Luciano proporciona.

Alejandro, Pseudoprofeta es un relato extremadamente interesante de la fundación y desarrollo de un culto religioso establecido en Abonoteicos, Paflagonia, por un charlatán de nombre Alejandro, en el Siglo II A. D. Este culto tuvo tanto éxito que duró unos dos siglos, siendo adorado Alejándro por sus fieles como un dios, tanto durante su vida como después de su muerte. El incremento económico y político-social que este movimiento alcanzó, hace pensar en los cultos exóticos que en nuestros tiempos han alcanzado mucha fuerza en los Estados Unidos del Norte. Al leerse el relato de Luciano, parece increíble que tanta gente, entre ella altos oficiales del Imperio Romano, se hayan dejado embaucar tan fácilmente por un aventurero como Alejandro, pero excavaciones recientes han comprobado la verdad de lo dicho por Luciano, y en el Museo de Bellas Artes de Boston están una moneda y una estatuita cuyas inscripciones y modelado confirman los datos de este tratado. Es el único documento antiguo existente, relativo al dicho Alejandro.

En las tres obras siguientes—**De los Sacrificios, Zeus Refutado y Zeus Trágico**—, Luciano ataca la religión griega con intensidad y acumen demoleedores. En **Zeus Refutado** obliga al mismo Zeus a confesar que los dioses son impotentes frente al Destino, y que ningún sacrificio que se les haga puede alterar el curso predestinado

de los acontecimientos. **Zeus Trágico** continúa este mismo tema en tono burlón.

Los últimos trabajos citados—**Saturnalia**, **Cronosolón** y **Epístolas Saturnales**—tratan todos de la fiesta invernal de Saturno celebrada por los romanos cuando menos hasta el Siglo IV de nuestra era, siendo la precursora de muchas de nuestras costumbres de Navidad. Frazer también confirma los datos que Luciano proporciona aquí.

6.—SOCIOLOGIA

De los Asalariados
Timón o el Misántropo
El Luto
El Sueño o el Gallo
Anacarsis o el Atletismo
Navegación o Votos

Todas estas obras traen referencias valiosas respecto a las condiciones de vida en la época de Luciano, y, como hemos visto en el caso de **Alejandro**, **Pseudoprofeta**, Luciano es testigo fidedigno. **Timón** es importante en sí y por ser el precursor de obras posteriores. **El Luto** proporciona datos sobre los funerales de entonces, aunque nos revela a Luciano como un hombre desprovisto de toda conmiseración ante el duelo de un padre por la muerte de su hijo; pero, como resulta casi siempre, hay que dar la razón aquí no al sentimentalismo, sino al frío razonamiento clásico.

De las demás obras incluídas en esta clasificación, el **Sueño o el Gallo** es la más importante. Es, en efecto, una de las mejores obras de Luciano. Trata de un zapatero que lamenta su pobreza hasta que su gallo (que no es un gallo ordinario sino la re-encarnación de Pitágoras) lo lleva de noche a inspeccionar secretamente los domicilios de varios ricos. Al ver la miseria física y moral de estos plutócratas, el zapatero se convence de que lo mejor es ser pobre y vivir sin preocupaciones ni vicios. La alabanza de la pobreza es un tema favorito de Luciano, pero en este diálogo es adonde lo desarrolla con mayor agudeza y gracia.

7.—FILOSOFIA

Hermotimo o de Sectas
Epístola a Nigrino

Venta de Vidas
Pescador o los Resucitados
El Eunuco
Vida de Démonax
Icaroménipo o Sobre las Nubes
La Muerte de Peregrino
Los Fugitivos
Simposio o Lápitos
Cinisco
Pseudosofista

Aunque casi no hay obra de Luciano que no comprenda algún ataque contra las filosofías, las incluídas en este grupo giran exclusivamente sobre el tema de la vanidad de las enseñanzas filosóficas.

Algunos críticos consideran que el **Hermotimo** es la obra maestra de Luciano, mientras que otros lo consideran poco importante, por carecer de su gracia y brillo característicos. Es un diálogo sumamente serio, escrito deliberadamente en el estilo sobrio de los diálogos platónicos. El interlocutor Lucino (Luciano) corresponde al Sócrates de Platón, mientras que Hermotimo es el discípulo necesitado de guianza. La obra es importante, porque barre con toda posibilidad de creencia en cualquier filosofía que no sea la socrática, o sea la de saber que no se sabe nada; pero es demasiado seria. Le falta la sublimidad tranquila de los diálogos platónicos, y al destruir todo, no deja ninguna esperanza en su lugar, ninguna fe. Es el prototipo de las obras de Luciano que han movido a sus contrarios a rechazarlo por demoledor y negativo.

En la **Venta de Vidas**, Luciano hace que Zeus y Hermes ofrezcan en subasta a los filósofos más famosos—a Sócrates, a Diógenes, a Epicuro, a Pitágoras, etc.—, vendiéndose éstos en cualquier bagatela cuando los compradores, al preguntarles para qué sirven, se convencen de que están tratando con unos locos extravagantes y prácticamente buenos para nada. Este diálogo provocó tal revuelo que Luciano tuvo que escribir su **Pescador o los Resucitados**, para aclarar que en la **Venta de Vidas** no ataca a los filósofos mismos, para quienes dice tener veneración suma, sino a los charlatanes que se abrigan bajo las doctrinas de aquéllos para estafar a la sociedad. Los comentadores moderados dicen, por decencia y respeto a los grandes pensadores de Grecia, que esta retractación de

Luciano es sincera; mientras que los críticos menos recatados ven en ella sólo una medida de conveniencia, apoyándose no sólo en los términos inequívocos de la **Venta de Vidas** sino también en los dardos anti-filosóficos incorporados hábilmente por Luciano en el mismo **Pescador o los Resucitados**.

El Eunuco y la **Muerte de Peregrino** son ataques contra los filósofos ya en terreno personal, lo mismo que lo es el interesantísimo **Simposio o Lápitios**, que trata de un banquete de bodas a que fueron invitados varios filósofos, con consecuencias tragi-cómicas. En cambio, en **Cinisco** Luciano defiende con sinceridad aparente la filosofía cínica, de la que se mofa en muchos otros escritos.

Este grupo de las obras de Luciano es tan importante que sólo se le puede hacer justicia mediante un análisis detallado, a fin de dilucidar la verdadera actitud de Luciano ante la filosofía y su propia filosofía—si es posible atribuir a Luciano, azote de los filósofos, una filosofía propia.

8.—CRITICA LITERARIA

Cómo debe escribirse la Historia

Lexifanes

El Profesor de Oratoria

Disputa con Hesíodo

De este grupo, **Cómo debe escribirse la Historia** es la obra más importante. Trae consejos excelentes, si bien muy difíciles de seguir, sobre la redacción de obras históricas. Parece que Shakespeare aprovechó uno de los pasajes de esta obra para los consejos que Hamlet da a los actores en el Castillo de Elsinore. Es especialmente interesante el siguiente pasaje, por representar una de las normas que Luciano se imponía al escribir:

“Acuérdate sobre todo de esto:..... No escribas pensando sólo en el presente ni en cómo te alabarán y honrarán tus contemporáneos, sino pensando más bien en todas las épocas. Escribe... para la posteridad y pide de ella tu recompensa..... para que diga de ti: ‘Aquél fué un hombre libre y lleno de franqueza, nada adulator ni servil; ponía la verdad ante todo.’ El hombre prudente colocará esta consideración por encima de todas las esperanzas de actualidad, pues éstas son sólo efímeras.” (5)

9.—DISCUSIONES ENTRE LOS DIOSSES

Carón

Juicio de las Diosas

Asamblea de los Dioses

Prometeo o Cáucaso

El **Carón** puede considerarse la obra más profunda de Luciano. Trata de una visita que Carón hace al mundo, para enterarse de cómo es la vida humana para que la lloren tan amargamente los muertos, al entrar en su lancha de paso a Hades.

Se consigue los servicios del mejor guía posible—los del inteligente Hermes. Los dos dioses comentan entre sí la vanidad de la existencia humana, y Carón se regocija diabólicamente al ver a varios personajes paseándose en la vida, con gran pompa, pues sabe que no tardarán en entrar desnudos y llorosos a su lancha.

Esta obra es de una profundidad tal que parece ser un verdadero coloquio entre seres ajenos e indiferentes a la existencia de los hombres. Luciano presenta la vida humana como una tragi-comedia vil, llena de esperanzas que jamás se realizan y de desengaños y padecimientos que siempre se llevan a cabo.

La traducción siguiente, de un pasaje del **Carón**, es desgraciadamente apenas un eco de la fuerza del griego original, pero aun así se notará en su tono cierta reminiscencia de los profetas cristianos de la era de Luciano, y particularmente del inspirado San Juan Crisóstomo:

“Carón: Deseo decirte, oh Hermes, a qué cosa considero que se parecen los hombres y toda su existencia. ¿Has visto alguna vez burbujas en el agua, formadas por el descenso de una corriente....? (Cual burbuja) es la vida del hombre. Todos crecen, inflados con aire, unos hasta grandes, otros sólo hasta chicos. Para unos esta hinchazón es breve, y su destino es veloz. Otros mueren acabando de incorporarse a la vida. Pero todos se revientan finalmente.

“Hermes: Poco te falta para igualarte a Homero, oh Carón, quien comparó a la raza humana con hojas.

“Carón: Y aun siendo así, oh Hermes, ves qué cosas hacen los hombres y cómo luchan entre sí por nombramientos y honores y posesiones, todo lo cual tendrán que dejar, viniendo a presentarse ante nosotros en Hades con un solo óbolo. Ya que nos encontramos sobre una altura, ¿noquieres tú gritarles, exhortándoles a abandonar sus trabajos vanos y

a vivir con la muerte siempre frente a sus ojos? Podrías decirles: 'Oh vanos, ¿por qué os esmeráis por estas cosas? Cesad de laborar, pues no siempre viviréis. Ninguno de los honores del mundo es eterno, ni se lleva **nadie nada** al morir, sino que tiene que irse desnudo, dejando a otros su casa, sus terrenos y su oro....' ¿Si yo les gritase esto...?

“Hermes: Sería inútil decirles tal cosa. No ves cómo (los pocos sabios entre ellos) se apartan de la multitud y se ríen de lo que pasa.....? La multitud los odia por censurar su ignorancia.” (6)

10.—VISITAS A HADES

Ménipo o el Oráculo de Hades

Descenso a Hades o el Tirano

Estas dos obras están estrechamente relacionadas con los **Diálogos de los Muertos**, no sólo por tener lugar la acción en Hades sino también por tener por tema la vanidad de la vida humana.

11.—PROLOGOS

Prefacio—Dionisio

Prefacio—Hércules

Ambar o los Cisnes

Los Sedientos

El Escita o la Hospitalidad

Herodoto o Aetión

Zeuxis o Antioquía

Harmonides

En la época de Luciano los conferencistas acostumbraban pronunciar un breve prólogo a su discurso principal, y entre estos prólogos de Luciano están **Hércules** y **Los Sedientos**, de que hablamos al trazar su biografía. En general estos prólogos son ejemplos destacados de la amenidad y maestría de Luciano como orador público.

12.—INVECTIVA

Pseudologista o de la palabra “Nefasto”

El Bibliófilo Ignorante

En muchas de sus obras, pero especialmente en las dos citadas en este grupo, Luciano se muestra muy afecto al uso de invectivas. **Pseudologista** es una revelación de la verdadera personalidad de

Luciano, porque aquí se quita la máscara de escritor pulido y lacónicamente burlón para mostrarse como el hombre que ha de haber sido en su vida particular—un individuo de temperamento violentísimo y lengua cortante quien, cuando se le molestaba, profería los peores insultos personales que puedan imaginarse.

Sin embargo, no hay que censurar este aspecto de la obra de Luciano, ya que en su época los oradores cínicos y otros personajes se especializaban en el uso de términos vituperantes al pronunciar discursos. En general, los griegos clásicos estaban tan acostumbrados a lanzar invectivas con el menor pretexto, que hubo que pasar una ley prohibiendo los insultos infundados; pero pudo más la manía de los griegos por este género de desahogo emocional, y hubo que revocar la ley. Así, parece que Luciano no fué más insolente que sus contemporáneos letrados.

13.—OBRAS MISCELANEAS

- * Tragodopodagra (tragi-comedia)
- * Ocypus (tragi-comedia)
- * Epigramas

Se duda de la autenticidad de estas tres obras y, en efecto, ninguna de ellas está a la altura del resto de la producción de Luciano. Las dos tragi-comedias tienen por tema la gota. **Los Epigramas** son de un tono tan serio y virtuoso que ameritarían más la firma de Benjamín Franklin que la del mundanal Luciano.

Habiendo repasado en esta forma la obra completa de Luciano, nos será más fácil entender aspectos aislados de la misma.

CAPITULO IV

EL ESTILO DE LUCIANO

El diálogo griego se asocia siempre con el nombre de Platón, y para quienes conocen algo de la obra de Luciano esta misma asociación con el diálogo también es inevitable. En efecto, al preferir el diálogo en prosa como su forma favorita de expresión, Luciano siguió el camino señalado por Platón.

Sin embargo, con excepción de una que otra obra, como el **Hermitimo** y el **Cinisco**, en que Luciano trata deliberadamente de imitar el estilo sobrio y filosófico de los diálogos platónicos, su tra-

tamiento de este género es una innovación en las letras griegas. El mismo nos comenta este cambio al decir:

“Cuando me encargué de él (el Diálogo), todavía era una persona agria y así era considerado por casi todos. Se había enjutado debido a interrogatorios constantes, pareciendo venerable por esto; pero no era recibido por el público ni como grato ni como atractivo. Lo primero que hice con él fué acostumbrarlo a caminar pisando la tierra como hacen los humanos. . . . Después le obligué a reírse, y así lo hice más agradable a quienes lo veían. Sobre todo, lo junté con la Comedia, logrando de este modo mucha benevolencia para él de parte de sus oyentes, quienes hasta entonces habían temido sus púas y se habían guardado de tocarlo, como si fuese un erizo.” (1)

Aquí, al comentar su propio estilo, Luciano critica las abstracciones platónicas que cansan a cualquiera que no sea un aspirante a la metafísica, señalando cómo él procuraba enseñar más bien con burlas alegres, sólidamente relacionadas con la vida humana y no con especulaciones aéreas a la manera de Platón. De hecho, Luciano no sólo logró hacer el diálogo interesante y ameno sino que también evitó expertamente el escollo que muchas veces se nota en el mismo Platón, de que el diálogo no parezca una discusión entre varias personas sino más bien una disertación por una sola persona, a cuyos pareceres los demás interlocutores hagan sólo eco.

No obstante este cambio del diálogo en manos de Luciano, su tratamiento revela la influencia directa de Platón, no sólo por el uso de este género en particular sino por determinados tratamientos y situaciones en la obra de Luciano que recuerdan casos paralelos en la obra platónica. Por ejemplo, al escribir la **Muerte de Peregrino**, parece que Luciano tenía presente el **Fedón** en que Platón describe la muerte de Sócrates. En ambas obras el protagonista principal está encarcelado, sus amigos llegan a visitarlo en su prisión, temprano por la mañana, esperan hasta ser admitidos, y logran su admisión sólo con sobornar al carcelero.

En la misma **Muerte de Peregrino**, Luciano alude directamente al asunto del **Fedón** cuando describe cómo los amigos de Peregrino se quedaron pensativos junto a la hoguera en que Peregrino acababa de inmolarse, contando Luciano cómo él mismo les dijo:

“¡Vámonos ya, oh tontos! ¿O acaso es dulce el espectáculo de un viejo que se está asando, llenando el ambiente de pestilencia?”

¿Acaso esperáis que llegue algún pintor a dibujaros, como se dibuja a los compañeros de Sócrates en la cárcel con él?" (2)

Aparentemente el mismo **Fedón** impresionó mucho a Luciano, pues también le sirvió de modelo, en cierta forma, para su **Amante de las Mentiras**, en que describe una reunión de amigos en derredor del lecho del enfermo Eucrates, mientras que en **Fedón** se describe la reunión de algunos discípulos de Sócrates en derredor de su maestro condenado a tomar la cicuta. En ambas obras la narración es indirecta, contando uno de los presentes a otra persona lo sucedido en la reunión. Las dos obras presentan una conversación sobre asuntos ultramundanos, aunque el tratamiento de Luciano difiere del de Platón en que se mofa de estas creencias como absurdas, mientras que Platón las trata con reverencia suma.

En otra obra de Luciano, la **Epístola a Nigrino**, hay un pasaje casi igual a otro del **Fedón**. En este diálogo Platón escribió:

“Exécrates: Dinos estas cosas (lo que Sócrates dijo antes de morir) más claramente. . . . si acaso no estás ocupado. . . .”

“Fedón: No tengo qué hacer y trataré de contároslo. Porque el acordarme de Sócrates y hablar de él, escuchándome otra persona, es para mí lo más dulce de cuanto hay.”

En la **Epístola a Nigrino**, Luciano puso:

“A.—Desearía, de ser posible, oír lo que dijo Nigrino.

“B.—. . . . Si no te me hubieses adelantado, yo mismo te rogaría escuchar mi relato. . . . Porque me es dulce recordar a menudo sus palabras.” (3)

No hay que creer que por estos pasajes basados en la obra platónica, Luciano deje de burlarse del mismo Platón. Al contrario, señala que él, Luciano, no hace lo que Platón—no “se sienta con el Diálogo a dilucidar puntos minúsculos y pormenorizados como, por ejemplo, si el alma es inmortal y cuántos litros de sustancia pura usó Dios para crear el Universo. . . .” (4)

Habiendo sido Luciano, al par de Aristófanes, un apóstol del buen humor, es sólo natural que este dramaturgo haya influido en él. Luciano se refiere directamente a esta influencia cuando se defiende de la censura que se le ha dirigido por sus mofas del venerable Sócrates, diciendo que “en tiempos pasados la gente gozaba con Aristófanes y Eupolis, quienes sacaban a Sócrates a la escena en broma, presentando comedias monstruosas sobre él” (5), consi-



derando Luciano que por lo tanto nada tiene de particular que él haga lo mismo.

Suele señalarse a Ménipo, de Gadara, como el precursor más directo de Luciano. Este cínico y satirista, que vivió en el Siglo III A. C., nació esclavo, pero logró libertarse y hacerse rico con la usura. Cuando perdió su dinero, se suicidó. Ninguna de sus obras ha sobrevivido, pero por las referencias hechas a ellas por otros autores antiguos, se sabe que escribió, entre otras obras, una que se titulaba **Nequía** que se considera la precursora del **Ménipo u Oráculo de Hades** de Luciano.

La elección misma del nombre de **Ménipo** por Luciano para uno de sus personajes favoritos, se toma como un indicio seguro de la influencia en él del otro satirista malogrado. Se cree asimismo que la **Venta de Vidas**, en que Luciano presenta una subasta pública de los filósofos griegos más destacados, está basada en la **Venta de Diógenes** escrita por Ménipo.

Al hablar de su transformación del diálogo, Luciano se refiere directamente a su deuda literaria a Ménipo, haciendo decir a un crítico de su estilo: “Y, finalmente, (Luciano) desenterró a Ménipo, un perro antiguo, muy ladrador y colmilludo, y me lo echó encima. (Es) tan espantoso como un perro verdadero; muerde inesperadamente, y a la vez que ríe, muerde.” (6) De paso sea dicho que Luciano acierta al describir su propio estilo con estas palabras, ya que a la vez que ríe, muerde.

Desde luego hay en Luciano mucha influencia de Homero. No podría ser de otra manera: Homero es la médula de la literatura helénica, y sabemos que Luciano estudió a fondo a todos los clásicos griegos, aprendiendo de memoria pasajes enteros de sus obras. Cita a Homero constantemente, a veces en serio, a veces en broma, e intercala frases homéricas en su prosa. Utiliza a Homero para justificar cuanto se ofrezca—hasta la dignidad de la profesión de parásito—, exactamente como algunos cristianos utilizan la Biblia para apoyar lo que les convenga.

Sin embargo, Luciano nunca se refiere a Homero con respeto. Al contrario, dice que fué un “hombre ciego y charlatán, quien llamaba felices a los dioses y contaba cómo era el cielo cuando (siendo ciego) no podía ver ni cómo es la tierra!” (7)

En cambio, Luciano admiraba tanto a Herodoto que escribió varias obras en que imitó el antiguo dialecto jónico y el estilo de ese

historiador. Tanto la **Diosa de la Siria** como la **Astrología** de Luciano deben mucho a su afán de imitar a Herodoto, distinguiéndose ambas obras por su arcaísmo dulce y sus digresiones semi-históricas, semi-mitológicas.

Sin embargo, al par de Platón y Homero, Herodoto es mal pagado por Luciano con respecto a la deuda literaria existente entre los dos, pues en su **Historia Verídica**, Luciano se dedica deliberadamente a satirizar la **Historia** de Herodoto. Dice que ésta es una sarta de mentiras tan enormes que él también se cree autorizado para escribir de viajes y visitas a países maravillosos, basándose para ello en un tejido de embustes tanto o más grandes que los de Herodoto. El resultado es sumamente ameno, y de gran importancia para las letras europeas, según veremos más tarde.

Todos estos autores que influyeron en el estilo de Luciano son griegos. Luciano sabía latín y ha de haber conocido la literatura latina, pero no tomó de ella conscientemente ningún elemento. Al contrario, más bien la esquivaba, y en toda su obra no sólo no se refiere a ningún autor latino sino que apenas menciona unas dos veces el latín como idioma.

Sin embargo, se considera que los ensayos informales de Luciano tienen por precursor las **Epístolas Morales** en que Séneca inició este género literario.⁽⁸⁾ No obstante, como Plutarco utilizó la forma de los ensayos de Séneca para sus **Vidas Paralelas**, puede ser que esta influencia sea indirecta en Luciano, que era un helenista demasiado fervoroso para rebajarse a sus propios ojos imitando a un autor romano.

Luciano se modeló principalmente en autores clásicos muy anteriores a él y prefirió siempre los temas y mitos de la Grecia libre y brillante que, en su época, era sólo un recuerdo. Esto se debió a que sus estudios, como los de sus contemporáneos, se basaron preferentemente en la literatura de la edad clásica, pero por otra parte este mismo hecho señala a Luciano como un clásico con la tendencia romántica a refugiarse en épocas pasadas. Otro factor en su preferencia por los autores antiguos fué que de Ménipo, en el Siglo III A. C., a Plutarco en el Siglo I A. D., la literatura griega ofrece poco de mérito real.

El estilo de Luciano se distingue por la facilidad con que trata temas que abarcan situaciones sobrenaturales y fantásticas, presentándolas con verosimilitud extraordinaria. En su **Icaroménipo**,

por ejemplo, el protagonista cuenta con lujo de detalle cómo planteó y ejecutó su propósito de trasladarse al cielo para platicar con Zeus. Para esto, dice, se procuró dos alas—una de ave de rapiña y otra de águila—y luego, fijándoselas en los hombros, hizo varios vuelos de ensayo en los alrededores de Atenas a fin de adquirir destreza y fuerza. El mismo Icaroménipo sigue contando:

“Habiéndome aprovisionado lo más ligeramente posible, volé sobre el Monte Olimpo y tendí el vuelo directamente al cielo. Primero me mareaba la altura, pero después pude soportarla cómodamente. Cuando había pasado por una capa de nubes y me iba acercando a la Luna, sentí que me estaba cansando. . . .” (9) y por lo tanto decidió hacer escala en ese satélite. Al estar descansando, Icaroménipo platica con la Luna, quien le da un recado para Zeus, hacia cuyos dominios Icaroménipo reanuda el vuelo, estando el lector ya perfectamente ajustado a este ambiente tan fantástico, y dispuesto a aceptar como cuasi-verídico el relato de los sucesos posteriores.

Cuando, en otra obra, Luciano describe pormenorizadamente la contratación que Ménipo hace de un nigromante y los ritos que éste celebra para poder bajar los dos a Hades, el viaje resulta enteramente verosímil para el lector.

De tan realistas que son los datos proporcionados por Luciano sobre las condiciones de existencia en Hades y en el Cielo, el lector acaba por sentirse en casa en ambos lugares, pareciéndole también que conoce íntimamente a muchos de sus habitantes divinos y mortales. Un ejemplo de este realismo de Luciano es la siguiente descripción de la impaciencia del barquero Carón cuando ha perdido todo un día esperando en vano que Hermes le traiga un cargamento de muertos para su transporte a Hades:

“Bueno, Cloto,” dice Carón, “nuestro barco está listo para la salida desde hace tiempo. Ya está achicada el agua e izada la vela. . . . de manera que no veo que haya nada que impida levantar ancla y zarpar. Pero Hermes está tardando; hace tiempo debiera haber estado aquí. Como ves, no hay pasajeros para la barca, y hoy hubiéramos podido realizar tres viajes. Es ya casi el crepúsculo, y yo no he ganado ni un solo óbolo en todo el día. Bien sé que Plutón pensará que he estado flojeando todo este tiempo, y eso que la culpa es realmente de otro. Nuestro honorable guía de finados (Hermes). . . . se habrá tomado un trago de agua de Leteo y nos

ha olvidado; o bien estará **boxeando** con algunos jóvenes (allá arriba en el mundo), o tocando la lira, o pronunciando discursos para lucirse....” (10) Este trozo, que es el principio del **Descenso a Hades**, revela la facilidad extraordinaria de Luciano para colocar al lector **en ambiente**.

Una vez creado el ambiente, Luciano sabe no sólo conservarlo sino hasta reforzarlo mediante una selección sabia de detalles basados en situaciones conocidas para el lector, con los cuales lo vincula a la situación ficticia. Cuando Icaroménipo termina su vuelo al Cielo y ya se encuentra dentro del palacio de Zeus, asiste a un banquete al cual los dioses lo invitan con la hospitalidad franca característica de los antiguos. Icaroménipo describe este festín diciendo:

“Démeter me dió pan, Dionisio vino, Hércules carne, Afrodita perfume y Poseidón sardinetas. Y hasta probé, subrepticamente, la ambrosía y el néctar, porque Ganimedes, que es una bellísima persona, me servía uno o dos vasos cada vez que veía que Zeus no lo estaba vigilando.... Durante la cena Apolo tocó su lira y Sileno bailó el córdax, y las Musas se levantaron a cantarnos algo de la Teogonía de Hesíodo y el primero de los Himnos de Píndaro. Cuando ya estábamos repletos, cada quien dejó la mesa, pues todos estaban bien borrachos.... Pero el dulcísimo sueño no se apoderó de mí, porque me quedé pensando en muchas cosas diversas, sobre todo en por qué en tanto tiempo no le había crecido la barba a Apolo y cómo se hacía de noche en el cielo cuando el sol estaba presente siempre, compartiendo el banquete.” (11)

En **El Sueño o el Gallo**, Luciano demuestra que tiene la misma facilidad para presentar situaciones extraordinarias en la tierra. En esta obra el pobre zapatero Miquilo es despertado bruscamente de un sueño de placeres lujosos, por el canto intempestivo de su gallo. Naturalmente Miquilo se molesta y amenaza al animal diciendo, “¡Descuida, en cuanto sea de día te castigaré a golpes... pues ahora me costaría trabajo dar contigo brincando en la oscuridad!” El gallo, que resulta ser una reencarnación del sabio Pitágoras, contesta, con inocencia y dulzura, “Creía, amo mío, beneficiarte con hacer que le ganases tiempo a la noche, pues madrugando puedes realizar una gran parte de tu trabajo....”

El zapatero, asustado por oír hablar a su gallo, invoca a los dioses exclamando, “Oh Zeus maravilloso y Hércules apartador

de males, ¿qué es esto? ¡El gallo habló como hombre!” Pero el ave, más lista que su amo, contesta en tono de reproche. “Tú me pareces, oh Miquilo, ser enteramente falto de educación y no haber leído los poemas de Homero, en que Xantò, el caballo de Aquiles,se para en medio de la batalla a hablar, no en prosa como hice yo ahora sino recitando versos enteros.” (12)

El gallo sigue citando varios ejemplos clásicos de animales y hasta objetos animados que hablan, hasta dejar convencido a Miquilo (y al lector) de que un gallo dotado de habla humana no tiene absolutamente nada de particular. Por lo tanto cuando el mismo gallo resulta tener poder mágico que le permite a él y a Miquilo visitar a varios ricos esa misma noche, sin ser ni vistos ni sentidos, la situación resulta enteramente plausible.

Otro recurso de Luciano para despertar el interés del lector, que tiene antecedentes en los diálogos de Platón, es el de describir el encuentro de dos amigos y hacer que uno insista mucho en que el otro le narre un suceso determinado. Puesto que el narrador prospectivo se deja persuadir sólo después de mucho rogar y de exigir una discreción hermética de parte de su oyente, el lector también se siente intrigado y ansioso de saber de qué se trata. A veces Luciano, con malicia humorística, hace que el suplicante le diga al narrador prospectivo que se quede con su secreto, puesto que hay muchas otras personas enteradas del mismo que se lo contarán gustosas; con lo cual se invierten los papeles, siendo entonces el narrador el deseoso de tener un oyente atento.

Este es el caso con el escandaloso banquete de bodas descrito en el **Simposio** que, sea dicho, aún sin este recurso introductorio para despertar el interés del lector, es una obra entretenida e ingeniosa en extremo.

El tratamiento que Luciano da a situaciones terrestres y celestiales se distingue y revela por los detalles sutilmente psicológicos que intercala. Al describir, en el **Amante de Mentiras**, la visita que un griego hace a un amigo enfermo, aprovecha detalles típicos de esta clase de visitas en todas las épocas, haciendo contar al visitante que, al entrar a la pieza del enfermo, éste “me invitó a sentarme a su lado, bajando su voz al tono débil de un inválido luego que me vió, aunque al entrar yo lo había oído gritando y sosteniendo vigorosamente un punto de la discusión (con los demás presentes). Teniendo mucho cuidado de no ir a tocarle los

pies (pues padecía gota), me senté junto a él, dándole las excusas acostumbradas—que ignoraba que estuviese enfermo pero que luego que lo supe, vine corriendo a verlo.” (13)

Otro ejemplo de tratamiento realista, basado en la psicología humana que, al parecer, aguanta los siglos incólume, está en el **Timón**. Este personaje, transformado de plutócrata en hermitaño pobrísimo y semi-salvaje por el parasitismo de sus amigos, se queja a Zeus diciendo:

“Ahora que soy pobre mis amigos no me reconocen; ni me miran siquiera los que antes.... se me inclinaban, pendientes de mis gestos; y si encuentro a alguno de ellos.... se pasa de lado sin verme siquiera, cual si fuese yo la lápida de alguien muerto hace años, ya derrumbada por el tiempo. Si me ven desde lejos, cambian de rumbo, considerando que quien hace poco era su salvador y benefactor, es un espectáculo de mal agüero....” (14)

Es en el diálogo que Luciano se supera trazando las debilidades inherentes al alma humana, como se ve por el siguiente pasaje tomado del **Descenso a Hades**, en que un plutócrata muerto suplica a la Parca Cloto que lo deje regresar a la vida:

“Cloto: ¡Súbete (a la barca de Carón)!

“Megapentes: ¡Ay no, mi señora Cloto! ¡Déjame regresar a la tierra por un poco de tiempo! ¡Después vendré acá por mi propia cuenta, sin ser llamado por nadie!

“Cloto: ¿Por qué deseas regresar?

“Megap: ¡Déjame terminar primero mi casa, que la dejé a medio construir!

“Cloto: Dices tonteras. ¡Súbete!

“Megap: ¡No te pido mucho tiempo, oh Destino! Déjame permanecer allí sólo un día, hasta que enseñe a mi esposa... adonde enterré mi gran tesoro.

“Cloto: Ya está decretado. No puedes ir.

“Megap: ¡Entonces es de perderse tanto oro?

“Cloto: No se perderá. Descúdate por ese lado. Tu primo Megacles lo recibirá.

“Megap: ¡Qué horror! ¡Mi enemigo, a quien por descuido no maté antes de morirme?

“Cloto: El mismo. Te sobrevivirá cuarenta y tantos años, recibiendo para sí tus concubinas, tu ropa y todo tu oro.

“Megap: Eres injusta, Cloto, distribuyendo lo mío entre mis peores enemigos.

“Cloto: ¿No se lo robaste tú a Kudimaco, matándolo a él, y a sus hijos sobre su mismo cuerpo cuando aún no moría?

“Megap.: ¡Pero ahora era mío!

“Cloto: Bueno, el plazo de tu posesión ya venció....

“Megap.: Estoy dispuesto a darte una prenda en garantía de mi pronto regreso. Si deseas, en mi lugar te entregaré a mi querido.

“Cloto: ¡Oh pilló! ¡Aquél por quien rezaste tantas veces que te sobreviviese?

“Megap.: Eso recé hace mucho. Ahora veo qué es lo mejor.” (15)

Puede uno estar leyendo la obra de Luciano y regocijándose con lo profundamente humano de su estilo, cuando, sin aviso alguno, se encuentra de pronto ante pasajes que parecen escritos no por Luciano, no por ningún autor con el alma compenetrada de las flaquezas y virtudes de los hombres, sino más bien por un observador de otro planeta, sin ningún rasgo en común con los humanos. Este es el caso con el **Carón**, en que Luciano dialoga de sus congéneres sin compunción alguna de sus sufrimientos y tropiezos, expresando una alegría diabólica por sus debilidades. En esta obra están conversando dos dioses, Hermes y Carón, mientras observan la vida de los hombres desde un promontorio:

“Hermes: ¡Ves a la escita, la que va montada en un caballo blanco....? Es Tomiris. Le cortará la cabeza al (rey) Ciro y la echará en un odre lleno de sangre. ¡Y ves al joven hijo de Ciro? Es Cambises. Reinará después de su padre y, cuando haya pasado por mil dificultades en Libia y en Etiopía, morirá loco.... después de matar al toro Apis.

“Carón: ¡Ay, qué chistoso! ¡Pero quién se atrevería a mirarlos siquiera ahora, tan venerados por todos! ¡Y quién creyera que dentro de poco tiempo el uno será prisionero y el otro tendrá la cabeza en un saco lleno de sangre....?

“Hermes:.... (Allí ves a Polícrates, el tirano de Samos, que se cree del todo dichoso. Sin embargo, su sirviente Meandrio, que está parado a su lado, lo traicionará al sátrapa Oroite, y el infeliz será crucificado.... Esto lo supe también de (la Parca) Cloto.

“Carón: ¡Andale, mi noble Cloto! ¡Quémalos, oh excelentísima! Córtales la cabeza y crucificalos **para que sepan que son hombres**. Entretanto que se exalten (lo más posible) para que su caída sea más lastimosa, desde un lugar más alto. ¡Y entonces, cuando yo reconozca a cada uno de ellos, desnudo en mi barca, me reiré....!(16)”

Esta furia anti-humana de Luciano podrá parecer poco recomendable; pero no puede negarse la belleza vigorosa de su arte. Y el arte, dicen, jamás debe orientarse por la moral. Como quiera

que esto sea, muchos críticos consideran que el **Carón**, de donde está tomada la cita anterior, representa la cúspide del arte de Luciano.

El estilo de Luciano en sí es caracterizado por su sencillez clásica, claridad de sintaxis y pureza de idioma. Emplea siempre el griego ático, o sea la forma más pura del griego antiguo; con excepción de una que otra obra en que usa el griego jónico antiguo, que maneja hasta con sencillez y belleza mayores que el ático. Se expresa siempre en la forma más directa posible, sin cambios caprichosos en el orden lógico de las palabras.

Su estilo y dominio del griego clásico, notables en sí, son de admirarse tanto más por no haber sido Luciano un griego por nacimiento, ni haber sido el griego su idioma nativo.

CAPITULO V

LUCIANO CUENTISTA

- 1.—Cuentos de lo Sobrenatural. 2.—Mitos y Leyendas
- 3.—Tradiciones. 4.—Historia Verídica.

No hay, realmente, nada más delicioso que un cuento bueno, narrado con gracia. El amor de los hombres por los cuentos es tan antiguo que miles de años antes de que la humanidad supiese escribir, el cuento era ya una forma literaria bien establecida; y a pesar de haberse escrito, durante siglos recientes, tantísimos miles de libros sobre temas de los más diversos, los cuentos buenos siguen siendo la lectura predilecta de todo el mundo.

Luciano, quien vivía de lo que escribía, ni desconocía ni desacataba este encanto milenario de los cuentos. Al contrario, lo aprovechó hasta donde le era posible, intercalando cuentos en la mayor parte de sus escritos y construyendo otras obras exclusivamente a base de una hilación de cuentos. A veces tomaba un mito o incidente ameno para hacerlo tema de un prólogo, como en el caso de **Hércules** y de **Ambar**, y otras veces se ponía a escribir un tratado que resultaba ser sólo una narración semi-legendaria, como es el caso de la **Diosa de la Siria**.

Toxaris es un pretexto para narrar diez cuentos relacionados todos ellos con la amistad, mientras que el **Amante de las Mentiras** consiste casi exclusivamente en historias de magos, de aparecidos,

de sucesos milagrosos y de casas que **espantaban**. Los cuentos de Luciano abarcan desde viajes misteriosos con naufragios y Crusoes en una isla desierta, hasta vuelos a la luna y al sol; y los mismos **Diálogos de los Dioses** son sólo dramatizaciones de episodios mitológicos aprovechados por Luciano con gracia y soltura características.

Bien vale la pena que nos detengamos un poco en los cuentos de Luciano, pues constituyen un aspecto importante de su obra y uno de los más amenos. Ya veremos cómo más de uno de ellos tiene algo de conocido para nosotros, mientras que otros son misteriosamente nuevos dentro de su misma antigüedad.

I.—CIENTOS DE LO SOBRENATURAL

La modernidad del cuento de la casa que **espantaba**, narrado por Luciano en su **Amante de las Mentiras**, es sorprendente. Trata de una casa extraña, en Corinto, deshabitada desde hacía mucho tiempo a causa del terror que encerraba. “Si alguien se establecía en ella,” dice Luciano, “luego huía de ella espantado, correteado por un fantasma horrible y espeluznante. Por lo tanto, la casa ya se estaba cayendo y el techo se le estaba hundiendo, y no había valiente que entrase en ella.”

Pero vino a Corinto un filósofo quien, al oír hablar de esta casa misteriosa, se resolvió a pasar una noche en ella, a pesar de las súplicas de sus amigos que le decían que no saldría vivo de la prueba. Sin embargo, el filósofo, habiéndose armado de un gran número de obras egipcias relativas a asuntos sobrenaturales, siguió adelante con su propósito, y él mismo cuenta su experiencia:

“Tomando una lámpara, entré solo (a la casa) y colocando la lámpara en la pieza más grande, me puse a leer tranquilamente, sentado en el suelo. Entonces apareció el espíritu, pensando dar con un hombre ordinario y esperando asustarme como a los otros. Era escuálido, de pelo largo, y más negro que la noche. Y echándoseme encima, me atacó por todos lados para ver cómo me podría dominar, convirtiéndose primero en perro, luego en toro o bien en león. Pero yo, teniendo lista la más terrible de las imprecaciones, le hablé en egipcio, correteándolo con encantamientos hasta el rincón de una pieza oscura; y habiendo visto por donde descendió, dormí el resto de la noche.....

“Por la mañana ya habían perdido la esperanza y creían encontrarme muerto como a los demás, pero salí causándoles gran sorpresa. . . . y llevándolos al lugar adonde había visto sumirse el espíritu, les mandé que cavasen. . . . y a una profundidad de casi dos metros se halló un cadáver antiquísimo, esbozado sólo por la posición de los huesos. Lo desenterramos y lo enterramos (por otro lado), y desde entonces la casa cesó de ser turbada por fantasmas.” (1)

Sale sobrando comentar la antigüedad y la modernidad simultáneas de este cuento. Es el prototipo del cuento de un lugar que **espanta**, por encerrar los restos de algún muerto malogrado, cesando los disturbios en cuanto se da a dichos restos un entierro adecuado. El mismo hombre prehistórico creía que si no se enterraba a los muertos de acuerdo con rituales fijos, regresarían a **espantar**. Vemos que también se creía esto en tiempos de Luciano, y hoy día la mayoría de la gente tiene la misma idea.

A juzgar por otro cuento de Luciano, sus contemporáneos gozaban, lo mismo que nosotros, de convertirse en un centro de interés y admiración contando cómo habían visto a un aparecido. En el **Amante de las Mentiras**, el anfitrión enfermo se permite este lujo al contar a sus visitas su experiencia con lo sobrenatural, en los términos siguientes:

“Así como espero que me vaya bien con estos niños,” dijo Eucrates, señalando a sus hijos con la mano, “es verdad lo que voy a decir. Todos saben cómo amaba yo a mi bendecida esposa, madre de ellos, habiéndolo demostrado no sólo con lo que hice mientras ella vivía, sino también cuando murió, quemando todos sus adornos y vestidos. . . . en su pira. El séptimo día después de su muerte estaba reclinado en este diván, lo mismo que ahora, consolando mi dolor, y leyendo, para tranquilizarme, el libro de Platón sobre el alma. Entonces entró (mi esposa) Demenete en persona y se sentó a mi lado. . . . Cuando la ví, la abracé sollozando. . . . (pero), ella no me dejó llorar, sino que se puso a regañarme porque (dijo)no había incluido en la pira una de sus sandalias doradas que, dijo, se había caído detrás de un cofre y por esto, no hallándola, quemamos sólo una. Mientras hablábamos, un maldecido perrito maltés se puso a ladrar debajo del diván, y con los aullidos ella desapareció. Sin embargo, la sandalia fué encontrada debajo del cofre, y la quemamos después.” (2)

En este cuento la sorna de Luciano respecto a todo lo sobrenatural es más evidente que en el de la casa que espantaba, ya que atribuye al fantasma femenino toda la pequeñez de espíritu usual en las mujeres vivas. Al terminar el viudo su relato, Luciano comenta, “¡Quienes duden (de tales apariciones), faltando en respeto a la verdad, merecen ser zurrados como niños con una sandalia dorada!” (3)

Entre los cuentos de Luciano tocantes a lo sobrenatural, no falta el relato clásico de una persona que supo, gracias a agentes ultraterrenales, que un vecino suyo, herrero de oficio, estaba predestinado a morir en breve; efectivamente, a las cuantas horas se oyó el llanto de los deudos llorando al pobre herrero! (3.^a)

Luciano también presenta un precursor de la leyenda de San Patricio, aquel obispo escocés que ahuyentó de Irlanda a los animales ponzoñosos. Narra Luciano, en el mismo **Amante de las Mentiras**, cómo un mago babilónico emprendió la limpieza de un solar de cuantos reptiles había en él, mediante el pronunciamiento de siete nombres sagrados de un libro antiguo y la purificación del sitio con azufre y antorchas. También le dió al predio tres vueltas rituales, y una vez celebrados estos encantamientos, todas las serpientes salieron de sus escondites, juntándose en un solo grupo para esperar las nuevas órdenes del mago.

Al contarlas, el nigromante notó que faltaba un pitón viejo, y mandó a una víbora joven por él, presentándose los dos a los cuantos minutos en el lugar de la asamblea viperina; y entonces el mago les sopló, quemándolos a todos con su aliento maravilloso. Terminando este relato, Luciano hace que su representante entre los oyentes pregunte al narrador, “Dime, ¿trajo la serpiente joven a la vieja del brazo, o acaso tenía ésta un bastón en que apoyarse?” (4)

II.—MITOS Y LEYENDAS

A juzgar por la frecuencia con que Luciano se pone a narrar mitos griegos, parece que éstos ya se estaban olvidando en su época, aún entre las personas relativamente cultas que asistían a sus conferencias. Hoy día están olvidados o casi desconocidos muchos de estos mitos como, por ejemplo, el que cuenta Luciano de Alectrión (cuyo nombre significa **gallo** en griego), y que explica por qué son

tan nerviosos los gallos y tan propensos a anunciar el amanecer mucho antes de que aparezca el sol en el horizonte.

Cuenta Luciano que Aletri6n fu6 un joven guerrero, amigo de Ares, a quien acompa1aba en sus visitas nocturnas a la hermosa Afrodita, qued1ndose Aletri6n a la puerta para avisar a Ares cuando Helio, el sol, ya iba a aparecer; porque Ares tena miedo de que Helio, como buen chismoso, denunciase al cojo Hefestos, marido de Afrodita, sus entrevistas secretas con esta diosa. Todo iba bien hasta que una noche Aletri6n se durmi6 en su puesto de sentinela, de manera que cuando amaneci6, Helio vi6 lo que pasaba y corri6 luego a avisar a Hefestos, quien se present6 en el acto, listo para atrapar a los dos amantes con una red que haba forjado hacia tiempo, expresamente para tal fin.

Al sentirse preso, Ares se puso tan furioso que antes de que Hefestos se lo llevase, transform6 a Aletri6n en gallo; y desde entonces Aletri6n se pone a anunciar la madrugada con mucha anticipaci6n, para demostrar su arrepentimiento por su descuido. Todav a trae Aletri6n en la cabeza la cresta del yelmo de guerrero que usaba cuando fu6 transformado en gallo, lo mismo que sus espuelas. (5)

Todos tenemos un recuerdo vago del nombre de Estratonice, la famosa reina antigua, de quien Luciano cuenta unas leyendas fascinantes en su **Diosa de la Siria**. Segun Luciano, esta Estratonice era la joven esposa del rey Seleuco Nicator, cuando el prncipe Antioco Soter, hijo de un matrimonio previo de este monarca, se enamor6 de su madrastra. "Cuando esta desgracia se apoder6 de Antioco," dice Luciano, "no sab a qu6 hacer frente a un mal tan vergonzoso, y as a se enferm6 quietamente y ya a sin padecer nada; pero toda la tez se le alter6 y su cuerpo se marchitaba de d a en d a. Cuando el m6dico vi6 que ninguna causa visible lo debilitaba, dedujo que su enfermedad era el amor, pues son muchos los indicios del amor secreto—los ojos, la voz y la complexi6n d6biles, as a como las l1grimas."

Entonces el m6dico, colocando una mano sobre el coraz6n del joven prncipe, orden6 que desfilasen por su alcoba todos los que viv a en el palacio y "cuando entr6 su madrastra, se le alter6 el color (al prncipe) y comenz6 a sudar y a temblar, y le brinc6 el coraz6n. Esto revel6 su amor al m6dico", quien, llamando al rey Seleuco Nicator, le dijo que el prncipe estaba enamorado de su

propia esposa, o sea de la esposa del médico. En seguida el rey suplicó al médico que entregase a su mujer al príncipe. “No me destruyas a mi hijo,” dijo, “porque no es por su voluntad que sufre esta desgracia sino que es involuntaria. De manera que no quieras sumir a todo el reino en duelo ni, siendo médico, asesinar con la medicina.”

Como era natural, el médico se defendió de esta súplica real, diciendo que él era sólo un pobre curandero y que el rey le estaba proponiendo algo impío, y preguntó al rey qué haría si se tratase de su reina. “No sería tan grande la desgracia de perder uno a su esposa,” contestó el soberano, “como a su hijo.” Entonces el médico le reveló que se trataba efectivamente de la reina Estratonice y no de su esposa, y el rey “dejó al príncipe su mujer y su reino, yéndose a Babilonia adonde murió.” (6)

Estas bodas del príncipe Antíoco Soter con la bella Estratonice, tuvieron un principio malo y antecedentes peores, a juzgar por la leyenda que Luciano cuenta a continuación y que es no sólo interesante en sí sino valiosa como un antecedente legendario de la fundación de la secta de los famosos Galli, o sean los sacerdotes castrados que servían a la gran madre-diosa frigia, Cibeles.

Narra Luciano que cuando Estratonice estaba casada todavía con el rey Seleuco Nicator, soñó que Hera le mandaba construir a ella un templo en Hierópolis, la ciudad santa; siendo Hera, en este cuento, la diosa Cibeles o, más bien, una forma helénica de la misma. En este sueño Hera amenazó a Estratonice con enviarle muchos males si no acataba su orden. Al principio la reina no hizo caso del sueño, pero cuando se enfermó, lo narró a Seleuco, quien ofreció enviarla luego a la ciudad señalada por la diosa, con fondos y hombres—unos para construir el templo y otros para proteger a la propia reina.

Entonces el rey llamó a un amigo suyo, un joven hermoso de nombre Kombabos, y le pidió que por el gran amor que los unía y por necesitar el rey de una persona de su absoluta confianza, acompañase a la reina a la ciudad santa y se encargase de dirigir la construcción del templo ordenado por la diosa. “Tú, oh Kombabos,” dijo el rey, “eres noble y yo te amo más que a ningún otro amigo. Siempre alabo tu sabiduría y tu buena voluntad hacia nosotros Ahora necesito de tu gran lealtad y deseo que acompañes a mi esposa a realizar una gran obra mía y a mandar a la

hueste (de artesanos). A tu regreso, serás colmado de honores por mí.”

Kombabos se turbó tanto al oír este mandato real, que suplicó encarecidamente al monarca que no lo mandase “ni le fiase ni su gran tesoro ni a su mujer ni la obra santa..... pero el rey no quiso acceder a su petición.” Entonces Kombabos le pidió siete días de licencia antes de partir “para hacer algo muy urgente..... Luego se fué a su casa y tirándose en el suelo lamentó (su suerte)y se castró, poniendo lo que se había cortado en una cazuelita con mirra y miel y otras sustancias aromáticas..... y habiéndola sellado,..... la dió al rey, diciéndole, ‘Señor, éste es un gran tesoro que tenía en mi casa, que amé mucho. Ahora, como salgo a un viaje largo, lo dejo contigo para que me lo guardes en forma segura. Pues para mí vale más que el oro; para mí es tan querido como mi alma.....’ El rey recibió la ollita, y sellándola con otro sello, la dió a guardar a sus tesoreros.

El infeliz de Kombabos partió luego para la ciudad santa, adonde dedicó tres años a la construcción del templo. Pero durante este período “sucedió el mal que Kombabos temía. Estratonice, con tanto tiempo de tratarlo, comenzó a ámarlo..... Los de la ciudad santa dicen que Hera lo quiso así, para que la bondad de Kombabos no permaneciese oculta y para castigar a Estratonice, por no haber querido emprender inmediatamente la construcción del templo..... Al principio (la reina) ocultó su mal, pero cuando ya no lo pudo soportar con calma, su dolor la consumía visiblemente y lloraba todo el día y llamaba a Kombabos y para ella todo era Kombabos..... Y pensó esto: que embriagándose con vino iría a hablar con él; porque con la entrada del vino la franqueza brota y la desgracia se hace menos vergonzosa, pues se olvida cuanto se hace.”

Sigue contando Luciano cómo la reina fué a casa de Kombabos y “le rogó y se le arrodilló y le confesó su amor. El recibió su discurso hoscamente:.... Ella le amenazó con hacerse un daño y entonces él, temiendo esto, le contó todo su sufrimiento..... Al ver Estratonice lo que jamás había esperado ver,..... no olvidó para nada su amor, sino que acompañaba por todas partes a Kombabos, para consolar así su amor imposible.”

Aquí Luciano interrumpe la leyenda para consignar que “Así es el amor actualmente en la ciudad santa: Las mujeres se enamo-

ran de los **Galli** (sacerdotes eunucos) y los **Galli** de las mujeres, pero nadie siente celos por esto sino que se considera cosa muy santa.”

Al llegar al rey Seleuco Nicator la noticia del afecto que Estratonice profesaba públicamente por Kombabos, mandó luego por el joven, sentenciándolo a muerte a su llegada a la corte. Kombabos no dijo nada durante el proceso, pero cuando ya iba a ser ejecutado, pidió al rey le devolviese su ollita, y cuando se la habían entregado, le rompió los sellos y enseñó su contenido al rey. “¡Oh cruel!” exclamó el monarca, “que te hayas atrevido a hacer cosas tales que quisiera yo jamás hubieses padecido tú ni visto yo. . . . ¡Tuya será nuestra venganza, con la muerte de estos falsos acusadores!” Y así, con justicia legítimamente oriental, el rey hizo ejecutar en el acto a las personas que de buena fe habían acusado a Kombabos, y a éste lo colmó de regalos y privilegios. (?)

Luciano relaciona esta leyenda con los sacerdotes **Galli**, anotando que algunas personas cuentan que los mejores amigos de Kombabos se mutilaron en igual forma, para compartir con él su desgracia; mientras que otras dicen que la diosa Hera (o sea Cibele) inspiró a muchos jóvenes a seguir el ejemplo de Kombabos, a fin de que él no estuviese solo en la pérdida de su virilidad. Como quiera que sea, la existencia de estos sacerdotes eunucos se prolongó durante muchos siglos, llegando los mismos a celebrar sus ritos ante los altares de la gran Cibele en la misma Roma.

Luciano también explica por qué estos sacerdotes vestían ropa de mujer, narrando que poco tiempo después de haber reasumido Kombabos su residencia en la corte de Seleuco Nicator, una dama se enamoró perdidamente de él, y al tener ella conocimiento de su condición, se suicidó. Fué entonces que Kombabos, para evitar nuevas desgracias de esta índole, resolvió usar ropa femenina, estableciéndose así el precedente que los demás **Galli** siguieron cumpliendo.

III.—TRADICIONES

Entre las obras de Luciano, **Toxaris** o la **Amistad** rivaliza con el **Amante de las Mentiras** como un filón de cuentos. Todos los de **Toxaris** tratan, desde luego, de la amistad, llegando sus personajes a extremos tales de lealtad que se hacen encarcelar, abandonan hogar y patria, sacrifican a sus hijos y hasta se ciegan, todo por la

amistad. Estos cuentos, interesantes de por sí, son tanto más entretenidos para el lector por ser narrados en un concurso entre un griego y un escita, bajo la condición de que el que pierda tendrá que cortarse la mano derecha.

Los cuentos de Toxaris tienen el valor adicional de reportar ciertas costumbres curiosas entre los escitas de aquellos tiempos, estando entre ellas la que se cita a continuación y que fué consignada sólo por Luciano, entre todos los autores antiguos. Suidas vuelve a citarla siglos más tarde, pero sólo repite lo que Luciano dice al respecto, según Harmon lo hace ver.

En aquellos tiempos los escitas eran un pueblo todavía bárbaro, viviendo en lo que es actualmente el sur de la Rusia europea. Luciano cuenta que:

“Cuando un escita ha sufrido una injusticia de parte de otro y desea vengarse pero sabe que él solo no puede hacerlo, sacrifica un toro, corta la carne en pedazos y la cuece. Luego extiende la piel en la tierra, sentándose sobre ella con las manos puestas detrás de sí, como si estuviese atado por los codos. Entre nosotros (los escitas) ésta es la petición más grande de ayuda.

“Tiene servida la carne del toro y luego se acercan sus parientes y cualesquiera otros que deseen hacerlo; cada quien toma una porción de la misma carne y, poniendo el pie derecho sobre la piel, promete proporcionar (lo que pueda) de acuerdo con sus posibilidades. (Uno promete) cinco jinetes sin comida ni salario; otro, diez jinetes; otro, más todavía; otro, los soldados de infantería que pueda, con armas ligeras o pesadas; otro, sólo su propia persona, si es muy pobre. A veces se junta así, sobre la piel, un gran ejército, y tal formación es muy segura en cuanto a su cohesión y casi invencible por sus enemigos; porque está bajo juramento, pues el pisar la piel es un juramento.” (8)

Entre los cuentos relativos a la amistad, contados por Luciano en **Toxaris**, uno de los más divertidos trata de un romano joven, rico y bien parecido, que tenía un amigo igualmente rico. Este amigo tuvo la desgracia de perder simultáneamente su ciudadanía romana y sus propiedades, por apoyar en el Senado una medida anti-constitucional, quedándose sumamente afligido no tanto por sí mismo como por su hija, a quien sabía no podría casar ya por falta de dote; pues su hija combinaba el ser tuerta con ataques que la habían dejado parálitica y enjuta del lado derecho. Cuando

el amigo de su padre tuvo conocimiento de la desgracia que éste había sufrido, se empeñó en casarse con la joven en cuestión y tuvo con ella un niño tan agraciado que al conocerlo los demás Senadores, resolvieron reinstalar al abuelo en sus derechos de ciudadanía y devolverle sus propiedades. ¡De manera que todos volvieron a ser felices, gracias a las virtudes de la amistad!

IV.—LA HISTORIA VERIDICA

La **Historia Verídica** es el ensayo más serio hecho por Luciano para crear una obra puramente ficticia, haciendo constar él al principio de la misma que se ha propuesto no decir en ella sino una mentira tras otra. Trata de un viaje imaginario emprendido en las aguas misteriosas al oeste de las columnas de Hércules. El barco es elevado al cielo por un tifón, que lo lleva hasta la Luna, adonde los viajeros participan en una guerra que los lunarios están sosteniendo contra los habitantes del Sol, respecto a la colonización de la Estrella Matutina.

Al reanudar su viaje, estos aventureros son tragados con todo y barco por una ballena enorme, dentro de cuyo cuerpo encuentran los restos de muchos barcos naufragados y una isla completa con bosques, colinas, una fuente de agua brotante y varias tribus salvajes. Estas exigen tributo a un viejo que tiene años de vivir con su hijo en la misma isla, enteramente al estilo de Robinson Crusoe.

Los viajeros recién llegados logran aniquilar a los salvajes y vivir cómodamente dentro de la ballena por casi dos años, al cabo de los cuales logran escaparse, sólo para tener más aventuras que los llevan primero a las Islas Afortunadas y después a las de los Condenados, de donde siguen adelante a la Isla de los Sueños y a la de la Brujería.

Esta **Historia Verídica** es una de las obras más amenas de Luciano. Carece de la profundidad que tienen otros escritos suyos, pero el mismo Luciano declara que la escribe sólo para demostrar que sabe urdir mentiras tan bien como Homero y Herodoto; y si bien sabemos modernamente que Homero y Herodoto dijeron muchas verdades entre sus ficciones, no por esto son de despreciarse los encantos de los sucesos ficticios narrados en la **Historia Verídica**.

CAPITULO VI

LUCIANO ANTE EL CRISTIANISMO Y LA CIENCIA

Un gran número de los comentadores de Luciano y muchos he-lenistas ven su obra de reojo, por creer que él atacó abiertamente al Cristianismo, esto a pesar de que una lectura cuidadosa de su obra no revela ninguna alusión desfavorable a dicha religión. El único pasaje que podría construirse como tal—y eso sólo presuponiendo una actitud peculiarmente voluntariosa, la de querer confirmar una opinión preconcebida en vez de guiarse por los hechos—es el siguiente, del **Amante de las Mentiras**:

“.....Yo te quiero preguntar esto: ¿Qué dices de tantos que hay que desalojan demonios..... exorcizándolos palpablemente? No necesito decírtelo..... Todos tenemos conocimiento del sirio, el de Palestina, tan sabio en esta materia, quien toma a los afectados por la luna, que giran locamente los ojos y echan espuma por la boca. El los levanta y los devuelve a su completo juicio, cobrando una fuerte suma por alejar a los demonios. “Y luego, cuando yacen (los demonios) allí, se para junto a ellos y les pregunta por qué parte entraron al hombre y, callándose el paciente, el demonio contesta, ya sea en griego o en lengua bárbara, de acuerdo con su lugar de origen, diciendo cómo y por dónde entró al hombre. Luego (el sirio) recurre a los juramentos, y si el demonio no obedece, lo ahuyenta con amenazas.”(1)

Conste que Luciano pone estas palabras en boca de uno de los ingenuos creyentes en el ocultismo, de cuyas opiniones se burla sistemáticamente en la obra aludida, y por lo tanto no representan su propio parecer. Sin embargo, algunos comentadores se han empeñado en tomar este pasaje como una alusión directa al Cristo, resintiendo la alusión al cobro de “una fuerte suma”. Harmon sostiene acertadamente que no se trata del Cristo sino de cualquiera de tantos magos charlatanes que en época de Luciano abundaban en el Imperio Romano y especialmente en el Asia Menor, apoyando su criterio en que el tiempo del **Amante de las Mentiras** es el presente, y por lo tanto más de un siglo después de la Crucifixión del Cristo.

En cambio, los comentadores adversos a Luciano no citan la forma en que habla de los cristianos contemporáneos a él en la **Muerte de Peregrino**. Son tanto más sinceros la admiración y encomio expresados por Luciano en dicha obra al respecto de los cristianos, por no tratarse de una alabanza directa y por venir de un pagano agnóstico.

Peregrino fué un filósofo pagano que se convirtió al cristianismo con la mira expresa de sacar beneficios materiales de sus correligionarios. No fué ni con mucho un cristiano sincero, como lo prueba el hecho de que abandonó esa fe cuando dejó de rendirle utilidades concretas, reasumiendo su papel original de filósofo pagano extravagante y exhibicionista. En efecto, cambió de creencia tantas veces que se le apodaba "Proteo"; y cuando finalmente nadie quiso tomarlo ya en serio, decidió quemarse públicamente, en relación con los Juegos Olímpicos, dando aviso de su plan con semanas de anticipación para asegurar un buen número de espectadores para este último acto de exhibicionismo. Después de mucho vacilar, se inmoló efectivamente, estando Luciano presente entre los testigos del acto.

Luciano nos cuenta que cuando Peregrino hacía papel de cristiano, con las miras antedichas, fué tomado preso por su fe, y en relación con su prisión Luciano relata lo siguiente:

"....los cristianos consideraron el hecho (del encarcelamiento de Peregrino) como una desgracia, y en sus esfuerzos para libertarlo recurrieron a todos los medios posibles.... Desde la madrugada se veía a ancianas y niños huérfanos esperando junto a la cárcel.... y sus oficiales (cristianos) hasta dormían con él dentro de la prisión, sobornando a los guardias. Se le llevaba comida variada y se le leía de los libros sagrados.... Hasta vinieron algunos de las ciudades del Asia, enviados por los cristianos con sus gastos pagados por la comunidad, para socorrer y defender y consolar al hombre.

"Es extraordinaria la celeridad que revelan (los cristianos) cuando se trata de algo que les afecta en común. En un momento prodigan todo.... Estos pobres están convencidos de que son inmortales y de que vivirán siempre, por lo cual menosprecian la muerte y se entregan a ella voluntariamente.

"Su legislador (el Cristo) les ha convencido de que son todos hermanos unos de otros, y así.... rechazan a los dioses griegos y adoran a aquel sofista crucificado y viven de acuerdo con sus leyes. Menosprecian por igual todas las cosas (de este mundo) y creen que son comunes a todos, aceptando esta creen-

cia sin tener ninguna comprobación exacta de ella. De manera que si llega entre ellos algún charlatán o embaucador (como Peregrino), capaz de aprovechar la situación, se hace rico en un momento, burlándose de esta gente ingenua.” (2)

Por el pasaje anterior, se ve que Luciano efectivamente no fué cristiano pero que sí estaba admirado de la fe absoluta, solidaridad comunal y punto de vista ultraterrenal de los cristianos primitivos, a quienes presenta como seres de un calibre moral extraordinariamente elevado.

Luciano llama “sofista” al Cristo, pero hay que tomar en cuenta que esta palabra significaba en griego clásico “el que sabe”, o sea “sabio”.

Otra nota favorable a los cristianos en la obra de Luciano está en **Alejandro, Pseudoprofeta**. Luciano estaba indignadísimo por la facilidad con que este charlatán había embaucado a miles de personas, disfrutando de toda clase de riquezas y lujos y siendo adorado como un dios-hombre gracias a la astucia con que supo aprovechar ciertos elementos remanentes del panteísmo griego. El plan estaba tan bien pensado y ejecutado con tal sangre fría y arte, que no es de admirarse la incredulidad de quienes creían divino a Alejandro.

Luciano, como hombre franco y de buen criterio, estaba indignadísimo con este Alejandro. En varios pasajes de su obra señala cómo Alejandro luchaba contra los “epicúreos y cristianos”, considerando el mismo Luciano que su oposición a estas sectas filosófica y religiosa respectivamente, era una comprobación de la maldad de Alejandro.

También debe tomarse en cuenta que en la época de Luciano el no ser cristiano era la regla más bien que la excepción. El vivió de 125 a 190 A. D., y no fué sino hasta la Gran Plaga de 165 A. D., que esta religión comenzó a tomar verdadero incremento dentro del Imperio Romano. Antes de esa fecha, los conversos a esa fe se reclutaban principalmente de entre la clase humilde.

Visto lo anterior, queda por preguntar por qué, si Luciano no atacó al cristianismo, ha sido considerado como un hereje de primera magnitud, como un anti-Cristo. Ya hemos visto los términos nada ambiguos en que Suidas expresa su convicción de que Luciano está en el infierno juntamente con Satanás.

La explicación de la oposición de la Iglesia a Luciano consiste en que si bien no atacó la religión cristiana, en cambio sí dedicó su obra entera a la demolición sistemática de las bases de toda creencia que no pudiera comprobarse racionalmente. Su tratamiento de los dioses olímpicos fué tal que nadie que leyese sus obras podría volver a tomarlos en serio. Sus ataques contra los diferentes sistemas filosóficos, son tan eficaces que tampoco dejan lugar a la creencia en ninguno de ellos. Su "exposé" de los vicios y flaquezas de los filósofos-maestros contemporáneos fué de tal manera burlón y cruel, que ningún padre de familia que conociese las obras de Luciano, pensaría en entregar a un hijo a semejante profesor.

No contento con barrer con estas columnas de la sociedad, Luciano siguió con los gobernantes y los ricos, representándolos repetidas veces como sumideros de iniquidad y podredumbre, apenas disfrazados por encima con un poco de ramaje costoso. Atacó también el sistema capitalista, al declarar repetidas veces que la distribución de la riqueza debiera ser más uniforme y no como en su época, en que unos vivían hartos de oro y lujos mientras otros (en la opinión de Luciano más dignos) pasaban toda suerte de penurias.

En fin, como lo hace ver Chapman, Luciano era un factor disolvente, "no sólo para la Iglesia sino también para toda certidumbre establecida, toda clase, grupo o potencia. Aun los editores modernos que lo ven con simpatía difícilmente pueden hablar de él sin sugerir que es, después de todo, demasiado puramente destructivo, demasiado negativo." (3)

En otra parte de su estudio sobre Luciano, el mismo autor nos dice:

"....el mundo nunca ha estado satisfecho con el punto de vista de Luciano. La Iglesia Cristiana primitiva no tendría nada que ver con él; pues su ataque contra las sectas griegas había sido tan mortífero que ningún dogma podía sostenerse ante él.... Durante este período (de principios del Cristianismo) cualquier persona capaz de leer a Luciano.... podía ver inmediatamente que el pensamiento de Luciano traía abajo la estructura entera del mundo en que vivía. Por lo tanto, Luciano era (para ellos) un enemigo de la sociedad. "Es curioso encontrar que esta actitud hacia él sobrevive inconscientemente.... aún en.... la Francia libre-pensadora." (4)

Así vemos que lo que Luciano atacó no fué el Cristianismo sino toda creencia que no pudiera comprobarse científicamente y toda institución social que en su opinión tendiese a gravar la vida humana con penas innecesarias. Pero no es justo decir que Luciano haya sido negativamente demoledor, a menos que se considere negativo el principio socrático de seguir una línea de razonamiento adonde conduzca, o negativo el punto de vista de la ciencia moderna de creer sólo lo que se pueda comprobar con hechos objetivos.

El meollo de la oposición sistemática a Luciano a través de los siglos está en esto: Luciano fué un espíritu unos dos mil años adelantado a su época y su punto de vista basado en el razonamiento científico y objetivo no había de comenzar a ser tolerado sino hasta muchos siglos después de su muerte. Si logró ser oído con complacencia tolerante por sus contemporáneos paganos, fué sólo porque le tocó en suerte vivir todavía en una época de libertad de expresión relativa.

Lo moderno de su actitud fué tan marcado que en varios ramos de la ciencia llegó a expresar opiniones que han sido confirmadas sólo en años recientes, como, por ejemplo, sus pareceres sobre la geometría y la astrología (que ahora llamamos astronomía). Con respecto a la primera, dice Luciano:

“.....cosas cuales hace la maravillosa geometría, que en su principio asienta extrañas postulaciones y pretende hacerlas concordar consigo misma, no pudiendo consolidarlas, usando **puntos sin partes y líneas sin ancho** y cosas por el estilo. Partiendo de un principio falso, pretende decir la verdad.” (5)

A este respecto Chapman nos dice:

“En los tiempos posteriores a Luciano, se creía que él se había mostrado ignorante de la geometría..... Tengo entendido que no fué sino hasta mediados del Siglo XIX que los geómetras comenzaron a dudar de la verdad definitiva de la geometría euclidiana, que actualmente, en el Siglo XX, ha sido definitivamente rechazada. Luciano se dió cuenta inmediatamente de que la estructura entera de Euclides carecía de fundamento, y da las razones..... para su descubrimiento en la frase antes citada. (que es la que consta en la cita anterior, tomada del original griego)..... La explicación es que no existe tal cosa como un **punto** en la naturaleza.”(6)

En cuanto a la astronomía, Luciano se adelantó a los expertos modernos en esta ciencia al dar su opinión sobre los rayos cósmicos en su tratado, **De la Astrología..** Oigamos su parecer:

“Nuestros antepasados estaban muy enamorados del arte de la divinación. . . . y los hombres actuales dicen que es imposible encontrarle una aplicación útil. Pues, (dicen), no es ni creíble ni exacto que Marte y Júpiter se muevan en el cielo con la mira de beneficiarnos sino que no tienen solicitud alguna por los asuntos humanos; ni tienen nada en común con ellos, sino que siguen sus órbitas por sí mismos, por la necesidad de girar. Y otros dicen que la astrología, aunque no miente, tampoco es útil, pues no puede cambiarse mediante oráculos lo que viene decretado por las Parcas.

“Respecto a estas dos opiniones, puedo decir que los astros siguen su propio curso en el cielo, siendo lo que pasa entre nosotros incidental a su movimiento. ¿O quieres suponer que si, al correr un caballo y al moverse pájaros u hombres, se provoca el desalojamiento de tallos, no sucede nada gracias al movimiento de las estrellas?

“Si al arder una hoguera pequeña nos llega un efuvio de ella, aunque este fuego no arda en beneficio nuestro ni le importe nada el que nos calentemos o no, ¿no recibimos ningún efuvio de los astros? No obstante es imposible que la astrología convierta lo malo en bueno o que altere los hechos originados por estos efuvios (astrales). . . .” (7)

Modernamente se reconoce que, dado que se ven las estrellas, sus rayos llegan a la tierra; y como la luz es energía, forzosamente afecta esta energía a la tierra y a sus habitantes. Esto es, en esencia, lo que Luciano dice.

En el siguiente pasaje Luciano resume su actitud frente a las religiones, filosofías, supersticiones, charlatanismos, magia y prejuicios:

“Odio a los impostores, a los charlatanes, a los mentirosos y a los pretenciosos. . . . Amo la verdad, la belleza, la sencillez y todo lo que está emparentado con el amor. Pero son muy pocos los dignos de ser amados, mientras que los que merecen ser odiados y están emparentados con el odio, abundan. Por lo tanto, estoy en peligro de olvidar el arte de amar (a mis semejantes) por falta de práctica, mientras que ejercito el odio con maestría.” (8)

Y termina su **Amante de las Mentiras** diciendo:

“Contra tales cosas (las supersticiones, creencia en magos, etc.) tenemos un antídoto en la verdad y el razonamiento recto en todo. No nos molestará ninguna de estas mentiras huecas y vanas si hacemos uso de tal antídoto.” (9)

Así vemos que el pecado de Luciano fué el de ser un pensador modernamente científico y objetivo, en un mundo que abundaba en

magia, brujerías, supersticiones y creencias exóticas. Para quienes admiren al hombre por su valor y rectitud de espíritu, es un consuelo pensar que fué dotado también de gracia y simpatía que le permitieron vivir alegremente a pesar del abismo que había entre su modernismo y el obscurantismo de la mayoría de sus contemporáneos.

CAPITULO VII

EL ICONOCLASTA FRENTE A SU EPOCA

1.—La Epoca de Luciano. 2.—Los Ricos. 3.—Pasatiempos y Estudios. 4.—Los Asalariados. 5.—Religiones, Supersticiones y Charlatanismo. 6.—Medicina. 7.—La Etica. 8.—La Política. 9.—Dichos Populares

I.—LA EPOCA DE LUCIANO

Uno de los aspectos más importantes de las obras antiguas son los datos que proporcionan, permitiéndonos reconstruir con ellos las épocas pasadas. En efecto, viéndolo bien, es sólo a través de las obras supervivientes que podemos formarnos una idea de cómo eran otros tiempos; y para estas reconstrucciones son los libros los que amplifican y corroboran los datos implícitos en los objetos inertes.

Era sólo natural que Luciano, quien todo lo criticaba y de todo se mofaba, censurase prolijamente la época en que vivió, proporcionando así muchos datos interesantes sobre sus costumbres. Como quiera que su época hubiese sido, él la hubiera censurado, pues en él la crítica era una función innata; pero si consideramos que vivió en el Siglo II de nuestra era, o sea precisamente durante la época de mayor auge del Imperio Romano, comprenderemos mejor la importancia de los datos que consigna sobre aquella sociedad.

Luciano vivió en los tiempos de los **buenos Césares**, habiendo nacido bajo el más grande de todos ellos, el español Adriano, quien reinó hasta 138 A. D. Después de Adriano, gobernó Antonino Pío, considerado el emperador más bondadoso que haya conocido la humanidad. En 161 A. D., otro español, el rey-filósofo Marco Aurelio, entró al poder, gobernando hasta 178 A. D. o sea hasta poco antes de la muerte de Luciano.

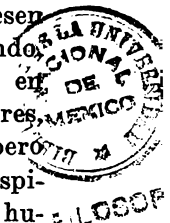
Se ha pretendido muchas veces trazar un paralelo entre la era de Luciano y la nuestra, ya que existen, efectivamente, muchos puntos de semejanza entre las dos. Aquella época, como la actual, era una de florecimiento del poder político-administrativo de una gran entidad gubernamental. Fué, como la nuestra, una era de materialismo marcado, de poca moral y de mucha corrupción; de creencias religiosas imponentes por su extensión superficial pero insignificantes en cuanto a su arraigamiento espiritual. Entonces, como ahora, uno que otro incrédulo buscaba consuelo en filosofías exóticas.

En general, los hombres de aquel siglo vivían como si fuesen eternos, importándoles sólo lo que se pudiese lograr en este mundo, preferiblemente en contante y sonante. Siempre se ha vivido en estos términos, y casi puede decirse que para que vivan los hombres, tienen que vivir con una fe sólida en la realidad del momento; pero así como hay épocas en que se ahonda y se acentúa el aspecto espiritual, hay otras en que se espesa y fortalece la adhesión de los humanos a lo material. Tal era el caso en el siglo de Luciano, y tal parece ser en nuestros días.

El Imperio Romano estaba en su apogeo, con la abundancia consiguiente de riqueza material y decadencia del espíritu. En aquel siglo se creía muy difícil, por no decir imposible, que la gigantesca entidad política que guiaba los destinos del mundo conocido pudiera desmoronarse, o que aquella civilización se hundiese en la barbarie. La carcoma de los vicios, de la molicie, con la degeneración física correlativa, se notaba, pero no se consideraba una amenaza a los fundamentos de la sociedad, sino más bien un defecto natural en un organismo tan grande.

Se vivía entonces con garantías internacionales que Europa no volvería a conocer sino hasta el Siglo XIX. Los caminos que unían las provincias eran sumamente seguros, y la piratería casi había desaparecido de los mares. La población próspera de las numerosas ciudades gozaba de lujos orientales que se consideraban necesidades, y vivía en condiciones de comodidad e higiene que no habrían de volverse a conocer hasta el Siglo XIX.

Los ciudadanos vivían en lujosas casas particulares o en edificios de apartamentos de varios pisos. Sus habitaciones estaban pavimentadas con mosaicos y tenían ventanas y balcones a la calle. Estos edificios tenían agua corriente, instalaciones sanitarias



y, a veces, calefacción central. Las calles pavimentadas estaban provistas de banquetas y alumbrado.

En las tardes los habitantes gustaban de ir a los baños públicos, que también tenían sistemas de calefacción, agua fría y caliente, y albercas para la natación, además de los baños propiamente dichos. Para fines de diversión había estadios, bibliotecas públicas, galerías de arte y gimnasios; y las personas de cierto nivel económico disponían de academias, colegios municipales y museos (que eran centros de investigación científica) para instruirse. El Gobierno Imperial proveía medios especiales para la buena nutrición de los niños pobres y, cuando faltaba trabajo, creaba obras públicas para suplirlo. Igual que ahora, las fortunas inmensas de los numerosos ricos contrastaban penosamente con la pobreza general de las masas ciudadinas y rurales.

II.—LOS RICOS

En aquel siglo, como en el nuestro, la felicidad se medía por las posesiones materiales, y éstas traían en pos de sí la multitud consabida de vicios, con ligeras variantes. Luciano dice que debe ir a vivir a Roma toda persona que “ame la riqueza y.... el oro, que mida la felicidad por la púrpura y el poder....., que haya entregado su alma entera al placer y haya decidido servir sólo a éste, amando las bebidas y los afrodisíacos.....; que goce oyendo **música golpeada y penetrante y canciones afeminadas.....**” Las calles y las plazas de Roma, sigue diciendo, “están llenas de estos placeres..... (y con ellos) llegan el adulterio, la avaricia, la perjuría y todos los demás vicios; desalojan del alma inundada de ellos toda vergüenza, virtud y justicia, dejándola desierta, atormentada constantemente por la sed y poblada de deseos salvajes.” (1)

No hace falta explicar cómo serían aquella **música golpeada y penetrante** y aquellas **canciones afeminadas**, pues a toda hora tenemos a la mano sus equivalencias modernas. Entonces, igual que ahora, costaba más componer canciones eróticas que ser un sabio, ya que los ricos premiaban con fama y honores tanto a los compositores como a los cantantes expertos en el ramo. (2)

Naturalmente los ricos dominaban la vida social y se quebraban la cabeza buscando nuevos modos de disfrutar de su dinero y de vivir con un mínimo de esfuerzo. Luciano los censura, diciendo que “llenan (sus casas) de rosas en pleno invierno, amándolas só-

lo por su rareza y por estar fuera de estación.....; (al salir) se recargan en sus esclavos, faltando poco para que se les cargue de cuerpo entero.....; (al ir por la calle) los preceden unos criados cuyo deber..... es gritarles que cuiden el paso cuando van a caminar por un lugar alto o sumido, recordándoles—¡cosa novedosa!—que van a pie..... (Así los ricos) se someten a indicaciones apropiadas sólo para hombres..... mutilados.” (3)

Por su sobriedad de espíritu, Luciano detestaba esta molicie. Criticaba constantemente a los ricos por dejarse llevar en litera “como fardos, por otros hombres” (4); por cortarse el pelo, rasurarse la cara, depilarse el cuerpo y perfumarse.

A través de toda su obra Luciano no pierde oportunidad para atacar el vicio de la pederastia, prevalente entre los pueblos de la antigüedad desde tiempos inmemoriales, y es indispensable tener en cuenta esta lacra social para poder entender las descripciones dejadas por Luciano de la vida de su época. En efecto, la pederastia estaba tan extendida que se vió con buenos ojos que Trajano, el primero de los cuatro grandes Césares del Siglo II, la practicase de vez en cuando, evitando así el causarle celos innecesarios a su esposa; y varios escritores contemporáneos a Luciano señalaron con asombro que los cristianos primitivos prohibiesen este vicio.

Luciano nos describe la extravagancia femenina con que los mancebos dedicados a este vicio acostumbraban adornarse: Unos se pintaban el pelo, otros usaban peluca o se hacían un peinado complicado; se embadurnaban la cara teatralmente con blanco de plomo, pintándose las mejillas de rojo y los ojos de negro. Se depilaban todo el cuerpo y procuraban traer vestidos de los más alegres, preferentemente floreados. Afectaban un tono aflautado al hablar.

No sólo los ricos sino el público en general, según Luciano, tenían tan gran afición por la pederastia que al celebrarse un banquete, el anfitrión tenía que vigilar y mandar vigilar a los asistentes, para que no se aprovecharan ni de los jovencitos que servían la mesa ni de los mismos hijos de la familia.

Chapman alaba el afán constante con que Luciano censura este vicio, diciendo que continúa floreciendo en nuestros días, habiéndose desarrollado a la sombra del silencio en que la mayoría de los escritores han preferido dejarlo aun al escribir de la edad clásica. A los griegos antiguos les parecía la pederastia una cosa tan natural que hasta representaron a Zeus como pederasta al ena-

morarse de Ganimedes, aprovechando Luciano este tema para ridiculizar al rey del Olimpo como un corruptor de jóvenes.

Las descripciones dejadas por Luciano, de banquetes en casas ricas en aquella época, son tan gráficas y tan llenas de detalles humanos que le parece al lector que él también ha asistido a ellos. Al leer la descripción de Luciano, de cómo solía ser la primera comida de un filósofo en casa del patrón adinerado que acababa de contratar sus servicios, encontramos mucho parecido entre la etiqueta y el **esnobismo** sociales de aquella época y los de la actual. Luciano se dirige al filósofo asalariado, diciendo:

“Tienes a la mano un vestido limpio, y después de haberte bañado, te arreglas en la forma más decorosa posible para presentarte (en el salón). Te da miedo entrar antes que los demás, pues esto sería de mal gusto, lo mismo que sería grosero de tu parte ser el último en presentarte. Vigilando este punto, te presentas en el momento indicado y (tu anfitrión) te recibe muy honrosamente; luego alguien te lleva a que te recuestes (en un diván colocado) un poco más abajo del rico, entre dos de sus viejos amigos.

“Tú, cual si hubieses entrado a la mansión de Zeus, te admiras de todo, extrañando cuanto se hace. Los criados te miran y los demás presentes te cuidan para ver qué vas a hacer. Tampoco deja de vigilarte tu patrón y ordena a alguno de los criados que se fije en si miras seguido a sus hijos o a su mujer. . . . Los del séquito de invitados, viendo tu asombro, bromea sobre tu falta de familiaridad con el ambiente, diciendo que el hecho de ser nueva tu servilleta indica que jamás has cenado en otra parte.*

“Como es sólo lo natural, de tan apurado que estás te pones a sudar, pero aunque te dé sed, no te atreves a pedir nada de tomar por miedo de parecer un borracho; tampoco sabes cuál tomar primero de los diversos platos que te han servido, que deben comerse en determinado orden. Tienes que mirar de soslayo a tu vecino para imitarlo y aprender el orden de la comida, En general, tienes el alma turbada y llena de agitación. . . . Ora felicitas al rico por su oro, su marfil y demás lujos; ora te compadece a ti mismo por figurarte que existes, cuando en realidad no eres nada.

“Habiendo tomado más de lo conveniente del vino sutil e insidioso, sientes el vientre oprimido, por la falta de costumbre (de tomar). Estás incómodo. No se vería bien que te marcharas temprano, pero tampoco puedes permanecer allí con seguri-

(*) Cada invitado traía su propia servilleta.

dad. Al prolongarse la borrachera y seguirse un discurso a otro y presentarse un espectáculo tras otro—pues el rico quiere lucir ante ti todo lo que tiene—sufres no poco tormento. . . . Aplaudes porque es fuerza aplaudir, mientras que en tus adentros estás rezando que todo aquello se venga abajo con un temblor o que se anuncie un incendio a fin de que se disuelva la reunión.” (5)

Este medio festivo descrito por Luciano se diferencia poco de una celebración moderna. Todos los elementos nos son familiares—ambiente lujoso, artistas profesionales, **esnobismo** de los iniciados hacia el novato oscuro, sucesión de platos y bebidas, discursos, borrachera y cansancio. Si agregamos la **música golpeada y penetrante** y las **canciones afeminadas**, ya estamos en pleno Siglo XX.

Estos nuevos ricos reunían a la pesadez de su gusto, la gracia de la tacañería. En los banquetes se hacían servir antes que sus invitados, escogiendo para sí los mejores bocados y tomando un vino especial que se les servía en copa extra-grande. Para comprender esta grosería suya, hay que tomar en cuenta que en aquel siglo ya se habían extinguido las familias de la aristocracia romana original, habiendo surgido en su lugar una multitud de nuevos ricos sin herencia cultural. Esta circunstancia representa otro punto de contacto con nuestra era.

Puesto que los platones de comida pasaban desde la cabeza hasta el pie de la mesa o mesas, las personas recostadas más lejos del anfitrión (que eran las menos estimadas) tenían que conformarse con los restos que les llegasen. A veces les tocaban sólo los huesos y hojas de las que servían de adorno a los platones; y si llegaba una visita inesperada y no alcanzaba la comida para servirle, se podía quitar a uno de los miembros asalariados del domicilio lo que ya se le había dado, diciéndosele, “¡Al cabo tú eres uno de nosotros!” (6)

Aquellos ricos, como los de todas las épocas, entretenían su ocio y su dinero coleccionando artículos raros e inútiles. Según nos informa Luciano, uno pagó tres mil dracmas, (o sean aproximadamente tres mil dólares), por la lámpara de barro del estoico Epiceto, mientras que otro pagó un talentó, (o sean unos seis mil dólares), por el bastón que el cínico Peregrino tiró a un lado antes de arrojarlo en la hoguera en que se inmoló. Y Dionisio, el famoso tirano de Siracusa, compró las tabletas en que Esquilo escribió

sus tragedias, a fin de lograr con ellas mayor inspiración al componer sus propios dramas. (7)

Desde luego, en la antigua y empobrecida Atenas, no caía nada bien el vulgar alarde de lujos que hacían allí los nuevos ricos de Roma. La siguiente anécdota, que Luciano pone en boca de Nigrino, nos hace ver que si los atenienses habían perdido su libertad, conservaban su sorna:

“Mencionó (Nigrino) a un rico que llegó a Atenas, que era una persona muy conspicua y pesada. Traía consigo un numeroso séquito, ropa multicolor y joyas, creyendo que lo envidiarían todos los atenienses, admirándolo como un hombre feliz. Pero a ellos les pareció ser un hombrecillo desafortunado, y se decidieron a educarlo, aunque no con violencia ni prohibiéndole vivir como quisiese en una ciudad libre.

“Cuando (el rico) causaba molestias en los gimnasios y baños, empujando y cerrando el paso a los transeuntes con su séquito, alguien murmuraba quedamente. . . . como si no se dirigiese a él, ‘¡Teme ser asesinado mientras se baña! Y eso que reina una paz profunda en los baños. ¡No hace falta ir acompañado de un ejército!’

“Y el rico, oyendo siempre, aprendía. (Los atenienses) le quitaron cortesmente su vestido multicolor y su púrpura, con burlarse de estos tonos florales, diciendo: ‘¡Ya es primavera?’ y ‘¡De dónde saldría este pavo real?’ y ‘¡A lo mejor es de su mamá!’ y otras cosas por el estilo.” (8)

El mundo moderno también conoce a estos nuevos ricos, que se identifican perfectamente con el plutócrata de quien habla Nigrino, por lo vistoso de su atavío y su insolencia en público.

El vicio del juego era muy popular entre la gente adinerada, y en la alta sociedad circulaban pícaros que vivían de lo que los ricos se dejaban quitar en este pasatiempo. Otra forma del juego eran las carreras de caballos que estaban de gran moda en Roma. En las calles la gente se detenía a hablar de sus caballos favoritos, de los nombres de los mismos y de las carreras, diciendo Luciano que “la locura por los caballos es grande y se ha apoderado de muchas personas que gozan de (una reputación de) seriedad.” (9) El vicio de la embriaguez estaba tan generalizado que Luciano observa que “Dionisio no permite a nadie permanecer sin iniciarse en sus ritos.” (10) Y mientras los ricos vivían en desenfrenada indulgencia, los pobres hasta soñaban con el modo de hacerse de

cuatro óbolos a fin de poderse agenciar una comida de pan y cebollas. (11)

Las mujeres de aquellos ricos eran caprichosas, delicadas de salud y poco morales—a juzgar por lo que Luciano dice a su respecto, pero hay que tomar en cuenta que aparentemente Luciano no estimaba mucho a las mujeres en general. Nos relata cómo algunas de estas damas tenían amantes entre su propia servidumbre, mientras que otras aprovechaban su ocio enamorando a jóvenes adinerados con la mira de sacarles obsequios, que llegaban a veces a ser casas de apartamentos y haciendas enteras. (12) Al agotársele su fortuna a la víctima, la dama buscaba una nueva presa, e igual que ahora, el marido era a veces cómplice de la mujer.

En lugar de hijos, estas ricas gustaban de tener perritos falderos que ellas mimaban y hacían mimar por su séquito. Por la vida encerrada que llevaba la mujer promedio, su salud era muy inferior a la del hombre, diciendo Luciano que “los hombres tienen el cuerpo firme y muscular, ejercitado por el trabajo, el movimiento y la vida al aire libre, pero las mujeres lo tienen ligero y suave, blanco por falta de sangre y la carencia de calor, así como por el exceso de linfa. Por lo tanto son más susceptibles y más dispuestas a enfermarse que los hombres. No aguantan los tratamientos médicos y son fácil presa de la locura. Porque como las mujeres son corajudas, huecas e inestables, con poca fuerza corporal, caen fácilmente en este mal.” (13)

Al asistir las mujeres a banquetes, tenían su diván aparte, contando Luciano que en un banquete de bodas “no eran pocas (las mujeres presentes) y entre ellas estaba la novia escrupulosamente envuelta en velos y rodeada por las demás.” (14)

Luciano casi no menciona a los niños de entonces, pero un comentario que hace a su respecto es interesante por la actualidad de la situación que describe. Anota que “cuando los niños sobresalen en sus estudios, los padres los premian diciendo, ‘¡El escribió bien, por Zeus! ¡Dádle algo de comer!’ o ‘No escribió bien; ¡no le déis nada!’ ” (15)

III.—PASATIEMPOS Y ESTUDIOS

A pesar de ser tan extendida la práctica de la pederastia en aquella época, no parece haber afectado mucho el comercio de las

meretrices. Al contrario, éstas eran numerosas, y en sus **Diálogos de las Hetairas** Luciano nos proporciona datos sobre el modo de ser de estas cortesanas que ofrecen una base de comparación interesante con respecto al comportamiento de las mujeres modernas de las llamadas “emancipadas”.

Además de las hetairas propiamente hablando, había en esta época flautistas, quienes solían estar sujetas a un patrón que arrendaba su habilidad musical para fiestas particulares en las que, según Luciano, tenían que cuidarse de los presentes. También se rentaban los servicios de cortesanas simples para estas fiestas, pero en estos casos el éxito de la mujer dependía en gran parte de sus modales, que habían de ser refinados si se deseaba tener éxito. En efecto, estas damas habían de “arreglarse en forma decorosa y portarse con todos de manera correcta y amable, no estallando en risotadas con cualquiera cosa. . . . sino sonriendo en forma dulce y seductora; ser recta y no tramposa en sus tratos con hombres”. Sigue diciendo Luciano que cuando asistían a una cena a base de paga, no debían “embriagarse—pues esto sería absurdo y los hombres odian a las ebrias—ni embutirse los alimentos con vulgaridad, sino tomarlos con la punta de los dedos e introducirse a la boca silenciosamente, no retacándose las quijadas; beber sin hacer ruido, tomando a poquitos y no todo de un solo trago.” (16)

En el diálogo **Filina y su Madre**, Luciano esboza la psicología de la hetaira promedio en una fiesta, siendo tan fiel su registro de las reacciones femeninas que parece estar describiendo el comportamiento de dos muchachitas modernas en un baile. Los pasajes sobresalientes de este diálogo tienen la gracia e interés característicos de Luciano:

“Madre: ¡Estabas loca, Filina, o qué te pasó en el banquete anoche? En la madrugada me vino a ver (tu amante) Dífilo, todo lloroso, y me contó lo que había sufrido por tu culpa. Porque te embriagaste y, levantándote, te fuiste a bailar en medio del salón, aunque él te lo había prohibido, y después de esto be-saste a su compañero Lamprias; y cuando Dífilo se enojó contigo, le dejaste para irte al lado de Lamprias y abrazarlo, dejando que Dífilo se ahogase de ira al ver lo que pasaba. . . .

“Filina: Pero no te contó lo que él hizo, ¡oh Madre! Pues no le apoyarías (si supieses) lo insolente que fué para conmigo, dejándome y poniéndose a hablar con Tais, la hetaira de Lamprias, cuando éste estaba ausente. Después cuando me vió molesta y le hice ver cómo se estaba portando, tomó a Tais. . . .

y la besó con fervor extremado.... Cuando yo me puse a llorar, él se rió y le dijo a Tais muchas cosas al oído, seguro que contra mí, y Tais se sonreía mirándome.

“Cuando se habían saciado de besarse y sintieron entrar a Lamprias, yo me quedé al lado de Dífilo, para que después no pusiera esto como pretexto. Tais se levantó y se puso a bailar, enseñando mucho los tobillos, por ser lo único bello que tiene. Luego que terminó de bailar, Lamprias se quedó callado y no dijo nada, pero Dífilo alabó con exageración su buen ritmo, su modo de bailar y la buena concordancia del pie con la cítara, así como lo bello de su tobillo y mil cosas más, como si estuviese alabando a Sosandra, la de Calamis, y no a Tais, que bien sabes tú cómo es ella, pues se baña con nosotras.

“Tais comenzó luego a burlarse de mí, diciendo, ‘Pues si hay aquí alguna que no se avergüence de tener flacas las piernas, ¡se levantará y se podrá a bailar!’ ¡Qué podía yo decir, oh madre? Me paré y bailé. ¡Qué había de hacer? ¡Aguantarme y dar peso así a su burla, dejando que Tais dominase la cena? Los demás me alabaron, pero Dífilo, recostándose hacia atrás, miraba el techo, hasta que dejé de bailar por cansancio.

“Madre: ¡Es exacto que besaste a Lamprias y al caminar con él lo abrazaste? ¡Por qué callas? Esto ya no es de perdonarse.

“Filina: Quise lastimar a Tais a su vez.

“Madre:.... ¡No te da vergüenza, oh hija? Somos pobres ¡No recuerdas cuántas cosas hemos recibido de Dífilo y cómo nos hubiera ido durante el invierno pasado si Afrodita no nos lo hubiese mandado?

“Filina: ¡Qué, pues? ¡Por qué he de aguantarme cuando me trata con insolencia?

“Madre: Enójate en todo caso, pero no seas insolente a tu vez. ¡No sabes que con la insolencia se acaba el amor y los amantes solos se castigan? Tú siempre has sido muy difícil para con el hombre. No nos vaya a pasar lo del proverbio, que por restirar demasiado la cuerda se rompa.” (17)

Una costumbre curiosa de aquella época, usada para significar un hombre o una mujer su interés pasional por una persona del sexo opuesto, era la de morder una manzana y darla luego a la persona deseada. Si una mujer recibía con agrado tal muestra de interés, besaba la manzana, guardándola luego en su seno.(18).

Si un joven rico violaba a una doncella pobre, solía arreglarse el asunto mediante el pago de una indemnización a la familia de la muchacha, como se acostumbra todavía. (19)

Una diversión favorita era el teatro, pero aparentemente había decaído mucho de su antigua gloria y seriedad en tiempo de

Luciano, aunque se seguían representando tragedias con los mismos temas que en la Grecia clásica. El contraste entre la grandeza fingida de los actores en la escena y su miseria en la vida real, es un tema favorito de Luciano, quien lo aprovecha para basar en él numerosas metáforas. No parece haber sido nada envidiable la vida de estos actores, contando Luciano que “muchas veces se ve (a los actores trágicos) haciendo papel de (un rey legendario)y trayendo puestas una diadema, espada marfileña. . . . y túnica bordada de oro. . . . ; pêro si tropieza alguno de ellos en medio de la escena, proporciona risa segura a los espectadores, rompiéndosele la máscara y despedazándosele la diadema, ensangrentándosele al actor su cabeza verdadera y descubriéndosele las piernas, dé manera que por abajo se le ve su vestido, de miserables harapos, así como lo informe de los coturnos que trae, que ni son del tamaño de su pie. . . . ” (20)

Los empresarios teatrales no se preocupaban gran cosa porque el actor reuniese las cualidades necesarias para desempeñar un papel dado, proporcionándose así contrastes ridículos en la escena. Luciano dice que se presentan “los actores muchas veces vestidos de oro y llevando puesta una máscara de Agamemnón, de Creón o del mismo Hércules. Lanzan miradas feroces y abren la boca de par en par, sólo para prorrumpir en una vocecita pequeña, débil y mujeril, demasiado pobre aún para Hécuba o Polixena.” (21)

Por estos contrastes tan poco afortunados, Luciano prefería al teatro clásico el baile o la pantomima, que era entonces una diversión muy popular. Aparentemente se trataba más de una pantomima interpretativa, bailada con suma gracia y exactitud, que de un simple baile. El público de las ciudades cultas era muy exigente con respecto a la calidad de estos bailes interpretativos, como son algunos públicos modernos con respecto a las representaciones operáticas. Por vía de ilustración, Luciano cita “el caso de un público no inculto que grita a los actores (pantomímicos): En Antioquía, ciudad talentosa que estima el baile, el público cuida tanto lo que se dice y se hace (en la escena) que nada se le escapa. . . . En el caso de un bailarín gordo y pesado que trataba de brincar mucho, le gritaron, ‘¡Te rogamos no romper la plataforma!’ y, por el contrario, a otro muy delgado, le gritaron, ‘¡Que te conserves bien!’ como si estuviese enfermo.” (22)

Con respecto a la excelencia de interpretación de estos bailarines, Luciano narra una anécdota relativa a una función pantomímica celebrada ante Nerón y un rey bárbaro que lo estaba visitando. Este rey no estaba helenizado sino a medias, pero aun así entendió perfectamente todo lo que quería significar el bailarín con su pantomima, y se quedó tan impresionado que cuando Nerón le preguntó qué deseaba llevarse como obsequio imperial de despedida, el rey-huésped contestó que sólo quería tener aquel bailarín porque, dijo, “Tengo vecinos bárbaros cuyo idioma es distinto al nuestro, y no me es fácil mantenerme provisto de intérpretes para tratar con ellos. Por lo tanto, si me hace falta un intérprete, este bailarín podrá interpretarme todo mediante signos.” (23) Aun sin tomar literalmente esta alabanza relativa a la pantomima, vemos que Luciano consideraba el espectáculo muy superior al teatro de su época.

Sin embargo, la vida de aquella época—y en esto también se parece a la nuestra—no consistía toda en la búsqueda desenfrenada del placer, ni para los mismos ricos. Hacía siglos que los romanos procuraban imitar la tradición de estudio y de vida intelectual de la antigua Grecia, y por lo tanto estaba especialmente de moda el estudio de la filosofía. Otros autores confirman a Luciano en su dicho de que las calles y plazas pululaban de filósofos, legítimos y fraudulentos, constituyendo los segundos la mayoría. Hasta los artesanos abandonaban sus oficios para equiparse con la indumentaria tradicional de los filósofos—capa, bolsa y bastón reglamentarios, combinados con una barba espesa y venerable en cuanto ésta se pudiese cultivar—a fin de poder gozar de una vida descansada y honrosa en calidad de “filósofos”.

Entre estos pseudo-sabios, había muchos que tenían tan pocos escrúpulos que se prestaban a toda clase de estratagemas dudosos, creando así a los griegos una fama más que turbia entre los romanos. Tal vez el famoso dicho de Virgilio—“Timeo Danaos et dona ferentes”—sea sólo un eco de esta mala reputación. Luciano dice que en Roma los griegos eran acusados falsamente muchas veces, porque otros compatriotas suyos les habían creado un ambiente lleno de suspicacias, debido a la mala costumbre que tenían de ingresar a casas romanas a base de ofrecer a sus patronos “profecías, remedios, filtros de amor y conjuros contra enemigos.” (24)

Naturalmente los romanos resentían hondamente la preferencia dada a los griegos como maestros y huéspedes de honor en casas

ricas, poniendo Luciano en boca de uno de ellos el siguiente comentario:

“Esto nos fué reservado, en adición a nuestras demás aficciones—el ser postergados a quienes acaban de entrar a la casa (del patrón rico). Sólo a estos griegos se les abren las puertas de Roma de par en par. Sin embargo, ¿por qué motivo se les honra con preferencia a nosotros? ¿Acaso creen proporcionar gran socorro con decir miserables frases?” (25)

En Atenas misma, la profusión de filósofos era tal que Luciano se queja de ella diciendo que “los paseos públicos están llenos de grupos y falanges de individuos, todos (de pareceres) contrarios unos a otros. Nadie quiere parecer no ser filósofo. . . . Muchos abandonan sus oficios para lanzarse sobre una bolsa y una capa. . . . y pasearse, habiéndose nombrado a sí mismos filósofos. . . . y alabando la Filosofía y su virtud.” (26)

Era necesariamente numeroso el grupo de estudiantes sinceros de la filosofía, reclutándose éstos aparentemente de entre la clase acomodada, dado que, a juzgar por los datos consignados en el **Hermotimo**, se necesitaban no menos de treinta a cuarenta años para comprender a fondo un sistema filosófico determinado. En la obra aludida **Hermotimo** está muy conforme con este plazo, declarando a principios del diálogo que aunque le tome toda la vida dominar la filosofía estoica que está estudiando, se dará por más que recompensado si alcanza a vivir un solo día en el estado de felicidad beatífica que el dominio de aquella doctrina asegura.

Muchos ricos inscribían a sus hijos en estos cursos de filosofía con la esperanza de que así se les asentase algo la cabeza y se les hiciese comprender el error de sus vicios. No siempre se lograba este objeto sino que se empeoraba más bien la cosa, si hemos de creer la queja reportada en el mismo **Hermotimo** por un hombre que tiene como un año de haber inscrito a su sobrino en las clases de un maestro-filósofo, con el resultado poco halagador de que desde que su sobrino inició estos estudios

“ cuenta cada día en la cena, sin que nadie le pregunte nada, cómo un cocodrilo arrebató a un niño y prometió devolverlo a su padre si éste le contestase no sé qué; y cómo es fuerza que sea de día cuando no es de noche. A veces hasta nos pone cuernos, enredando no sé cómo su discurso.

“Nos reímos de estas cosas, sobre todo cuando él, tapándose las orejas, se pone a estudiar. . . . Le oímos decir cómo Dios

no está en el cielo sino en todas las cosas—en la madera, en las piedras, en los seres vivos y hasta en las cosas repugnantes. Al preguntarle su madre qué tantas necedades dice, se ríe de ella y contesta, “Pero al aprender yo con exactitud estas tonteras, nada impedirá que sea yo el único rico, el único rey, y entonces veré a los demás como esclavos y basura comparados a mí.”(27)

Esta cita parece indicar que la psicología estudiantil ha resistido con firmeza inquebrantable el transcurso de los siglos.

Como estas cátedras de filosofía solían ser particulares, seguido se armaba gran revuelo entre maestros y estudiantes cuando éstos se atrasaban en el pago de los honorarios convenidos, a pesar de que—como lo señala Luciano a cada paso—la filosofía que enseñaba el maestro estipulase que deben despreciarse el dinero y los bienes materiales como cosa indigna de las mentes impregnadas de la verdad doctrinal.

Había también cátedras oficiales, muy codiciadas por los maestros independientes, quienes anhelaban trocar los estipendios cortos e inseguros que recibían de particulares por un honorario oficial, generoso y vitalicio. Al morir uno de estos catedráticos oficiales, se escogía a su sucesor mediante un examen público, fungiendo de jueces los ciudadanos sobresalientes de la ciudad.

Uno de estos certámenes es el tema del **Eunuco** en que Luciano, con humor rabelesiano, hace estribar el veredicto de los jueces en un solo punto, o sea en el de si el hecho de ser eunuco uno de los aspirantes a la vacante, aumenta o anula su capacidad como maestro de filosofía. Se trataba de un puesto muy bueno, a juzgar por la descripción que Luciano hace de él:

“El emperador Pánfilo ha establecido un estipendio nada despreciable para los filósofos—digo, para los estoicos, platonistas, epicúreos y.... peripatéticos.... Al morir uno de (los catedráticos), se nombra a otro en su lugar, mediante la aprobación de los principales ciudadanos. El salario.... es de diez mil dracmas (o sean diez mil dólares) al año, por instruir a jóvenes.”(28)

Luciano, desde luego, no pierde la oportunidad para hacer ver que posiblemente los jóvenes alumnos estarían más seguros en manos de un maestro eunuco, pues no era de despreciarse entonces el peligro latente de un profesor pederasta.

Este afán de estudiar de los griegos y romanos de aquella era traía consigo, como casi todo lo trae, consecuencias buenas y malas. Por un lado estos estudios se reflejaban en la cortesía mesurada con que la gente se trataba al surgir entre ellos disputas por las opiniones contrarias que sostenían. En la obra de Luciano todas las discusiones entre personas cultivadas reflejan un dominio de sí mismas, una buena disposición para oír las opiniones del contrario, una sujeción al principio de seguir el argumento adonde conduzca, que casi no se conocen actualmente. Luciano da un ejemplo de esta actitud al poner en boca de Solón las siguientes palabras, cuando dicho sabio está hablando con un escita sobre el atletismo:

“No vayas a tomar como ley lo que te diga, creyéndolo ciegamente, sino que si te parece que algo de lo dicho no está bien, te ruego me contradigas inmediatamente, enderezando mi razonamiento. Lograremos así una de dos cosas: O bien, después de exponer todas las objeciones que creas deban ponerse, te quedarás firmemente convencido (de mi punto de vista), o bien yo aprenderé que mi opinión sobre el particular no es la correcta.”⁽²⁹⁾

A pesar de su finura de comportamiento al tratar con iguales, estos letrados griegos podían ser y eran muchas veces unos verdaderos **snobs** al tratar con personas que no hubiesen gozado de iguales oportunidades educativas. Su actitud a este respecto era algo parecida y tal vez aún más acentuada, que la de los ingleses que se han educado en colegios sumamente aristocráticos y exclusivistas en materia de asistencia y que no ven como iguales suyos sino a los que hayan gozado de una educación igualmente selecta. Esto se desprende claramente del siguiente pasaje, del **Bibliófilo Ignorante**, en que Luciano censura en términos insultantes a un nuevo rico que tiene manía por coleccionar manuscritos finos diciéndole:

“¿Cómo pues? ¿Dices saber lo mismo que nosotros, no habiendo sido educado....? Creo que jamás habrás oído del Helicón, donde se dice viven las Musas, ni tuviste en tu niñez los mismos pasatiempos que nosotros. Es impío que tú mientas siquiera a las Musas.... Ni que fueras enteramente desvergonzado y atrevido.... podrías atreverte jamás a decir que recibiste una educación.... ni que Fulano haya sido maestro tuyo, ni que ibas al colegio con Mengano.”⁽³⁰⁾

Otra anécdota que Luciano narra parece indicar que este **esnobismo** no era cosa exclusiva de él ni de su época. Dice que

“cuando Demetrio vió en Corinto a una persona ignorante que estaba leyendo un libro hermosísimo (obra de Eurípides), se lo arrebató y lo despedazó diciendo, ‘¡Más vale que yo lo despedace una vez y no que tú lo despedaces muchas!’ ” (31)

En relación con esta actitud celosamente exclusivista de los letrados griegos, vemos que los mismos letrados se regocijaban no sólo diciendo lo que pensaban de personas ignorantes sino procurando también herirlos en grado extremo con invectivas insultantes. Luciano, quien era experto en el arte de proferir insultos, dice al Bibliófilo Ignorante:

“Crees crearte fama de letrado, comprando afanosamente libros de los más bellos, pero sucede al revés, constituyendo el hecho una prueba más de tu ignorancia. . . . (Tienes) un cerebro manco y de ocote. . . . Aunque siempre me he preguntado por qué te empeñas en comprar libros, hasta hoy no he podido encontrar la razón de ello.

“Porque nadie que te conozca ni siquiera un poco puede creer que les saques provecho o utilidad alguna—no más que un calvo sacaría de un peine, o un ciego de un espejo, un sordo de una flautista, o un eunuco de una concubina. . . . Pero tal vez se trate de alarde de tu riqueza, del deseo de lucirla ante todos, despilfarrando así una buena parte de tu fortuna en objetos inútiles para ti mismo. . . . Si no hubieses sabido hacer-te inscribir en el testamento de aquel viejo, ya te estarías muriendo de hambre.” (32)

Para Luciano los nuevos ricos no tenían ni siquiera el derecho de tratar de instruirse, diciendo él sobre este particular: “¿Qué tiene que ver una lira con un asno? no entiendes? (Los ricos) se consumen por el deseo de la sabiduría de Homero o de la elocuencia de Demóstenes o de la grandeza de Platón, pero si alguien les quitase su oro, su plata y sus preocupaciones por la riqueza, lo restante sería presunción y molicie, indulgencia para sí mismos, impiedad, insolencia y falta de educación.” (33)

La manía de la filosofía estaba tan extendida que muchas ricas, al igual que las *diletanti* de hoy, también deseaban cultivarse, y con tal objeto tomaban a sueldo a filósofos que ingresaban así a formar parte de su domicilio. Estos filósofos, que venían siendo casi criados particulares de la dama que los emplease, se exponían a tener que darle su clase mientras ella se hacía peinar por su criada, de manera que la dama no rebajase tiempo de sus compromisos sociales para “estudiar”. Hasta podía darse el caso de que

se suspendiera la clase mientras la dama leyese un recado que acabase de llegar de su amante y redactase su contestación al mismo. Estos filósofos asalariados se exponían igualmente a que, en el caso de salir todos los de la casa al campo, la dama los obligase a servirle de nana a su perrita faldera durante el viaje.

Como sabemos, en aquellos tiempos se recurría a los baños públicos al atardecer, tanto para fines de higiene personal como por vía de descanso y recreo social, y Luciano nos proporciona un dato interesante a este respecto: Parece que los baños para mujeres eran comunes a damas de muy distinta categoría social, con tal de que pagasen la cuota respectiva; pues en una, de los **Diálogos de las Hetairas** habla de una cortesana quien, a fin de desilusionar a un amigo suyo con respecto a otra ramera, le aconseja que rectifique con su madre si la ausente es o no una vieja calva, manchada de lepra desde el cuello hasta las rodillas; ya que, sigue diciendo la cortesana, ella sabe que la madre del joven se ha bañado juntamente con dicha ramera y por lo tanto debe saber cómo es. (34) ¡No ha de haber sido poco arriesgado el hacer uso de semejantes baños, frecuentados hasta por ramerías leprosas!

IV.—LOS ASALARIADOS

No sorprende que en la época de Luciano se haya seguido considerando el trabajo asalariado como denigrante, sobre todo tratándose de un trabajo a domicilio, si recordamos que todavía en nuestros días hay personas que miran con desprecio semejante ocupación. Luciano consideraba que ningún sueldo podría recompensar a un individuo inteligente la pérdida de su libertad personal y de días que jamás habría de volver a ver, coincidiendo su sentir a este respecto con el de los griegos clásicos. Las palabras siguientes de Luciano casi parecen ser las de un antiguo hidalgo español:

“.....es más vergonzoso para los filósofos que para los demás esto (de un trabajo asalariado)..... No vale la pena desanimar a personas del vulgo, tales como atletas o parásitos, de tomar empleos caseros, por ser ellos gente ignorante, de escasa mentalidad, y baja de por sí..... ni está bien tampoco el censurarlos por no abandonar a sus patrones ni en el caso de que sean tratados por éstos con insolencia, pues ameritan tal tratamiento..... Además, no tendrían otra cosa a que dedicarse..... pues si se les quita el trabajo, se quedan sin oficio y vienen a ser ociosos y supérfluos.

Ni sufren ellos ningún mal ni pueden parecer insolentes sus amos al utilizar una borcelana para su fin indicado, según reza el proverbio.”(35)

Aunque se veían estos empleos a domicilio con gran desprecio, no por esto eran poco solicitados. Al contrario, para hacerse de uno de ellos, un aspirante tenía que pasar por toda clase de situaciones penosas y llenas de turbación. Dice Luciano que el que busca trabajo

“necesita correr por todos lados, esperar frente a las puertas (de los ricos), levantarse temprano y dejarse codear (por la aglomeración de aspirantes). Se le cierra a uno la puerta en su cara, y a veces hay que hacer papel de un desvergonzado molesto, sometiéndose uno a un. . . . mayordomo libio a quien hay que dar una propina para que se digne acordarse del nombre de uno. . . . Tú (de aspirante) pasas muchas noches sin sueño y días ensangrentados, no por una Helena ni por la ciudadela de Príamo, sino por la esperanza de cinco óbolos. . . . “(Te examina el patrón rico) y para él es ameno el pasatiempo, pues se le alaba y felicita, mientras que a ti te parece que se está realizando una lucha por tu alma y existencia entera; pues lógicamente se te ocurrirá la idea de que ningún otro patrón te aceptará si el primero (a quien pidas trabajo) te rechaza. . . . Te parece insuficiente todo cuanto le has dicho. Temeroso y esperanzado le vigilas la cara (al rico). Si critica algo de lo dicho (por ti), te sientes sumido en la ruina, mientras que si te oye con una sonrisa, te regocijas y te nace la esperanza”.(36)

Aun al obtenerse un trabajo de éstos, en casa de un plutócrata, no se le acababan las penas al aspirante. Los salarios eran cortos, pues los ricos, como buenos capitalistas, cuidaban esmeradamente de su fortuna, ingeniándose para hacer ver al aspirante que, dado el gran lujo con que iba a vivir en aquella casa, no necesitaba mucho dinero propio. “Tomando todo esto en cuenta,” dice uno de estos patrones, “claro que tú nos cobrarás un salario muy modesto; además, es sólo propio que vosotros los eruditos seáis superiores al dinero.” (37)

Pero, según Luciano, no sólo no resultaban ser tales el lujo y la comodidad en las casas ricas sino que por el contrario los eruditos asalariados pasaban por toda clase de malos tratos. No podían acostarse temprano por tener la obligación de crear ambiente en los banquetes del patrón, en los cuales ni comían bien por ser considerados como “de la familia”. Tampoco podían reponerse de es-

tas desveladas, pues había que levantarse temprano para estar a las órdenes del plutócrata, y durante el día tenían que acompañar a éste adonde le diese la gana, siguiéndolo a pie a través de la ciudad y aguantándose también de pie mientras el amo platicaba con los amigos a quienes iba a visitar. (38)

Como era tan corto el salario en efectivo de estos sabios asalariados, nunca les quedaba nada de dinero entré manos, sino que aquello era “una penuria eterna, (combinada) con la obligación de rebajarse uno a aceptar (un sueldo) constantemente, sin poder apartar ningún sobrante para el futuro, y gastándose todo sin alcanzar siquiera para las necesidades” del interesado. (39)

Parece que aquellos empleados vivían bajo las mismas condiciones precarias que la mayoría de los actuales. No sólo no podían guardar dinero, sino que siempre tenían deudas pendientes con el zapatero o con otros comerciantes, correspondientes a prendas que habían tenido que pedir a crédito. Y cuando ya no podían llenar el objeto de su empleo, cuando ya estaban viejos, agotados y debilitados por una vida de molicie y por una alimentación anti-natural, se les echaba a la calle. Nada de previsión social, nada de pensiones, nada de seguros contra la falta de trabajo. La calle simple y desnuda los esperaba.

Desde luego había también trabajos asalariados que no eran a domicilio, pero Luciano se concretó preferentemente a los empleos a domicilio al hablar de este aspecto de la vida social. Sin embargo, a juzgar por la excusa tan larga y detallada que Luciano presenta en su **Apología** por haber tomado un puesto gubernamental a sueldo, parece que los verdaderos aristócratas de aquella era, los verdaderos helenistas, consideraban todo trabajo asalariado como denigrante.

Una nota alegre entre los comentarios que Luciano hace de los trabajos a base de sueldo, se encuentra en su referencia al negocio de turismo que florecía entonces en Grecia. “Si alguien le quitase sus mitos a Grecia,” dice, “se morirían de hambre los guías, pues los extranjeros (turistas) no habrían de querer oír la verdad, ni que fuera gratis!” (40)

V.—RELIGIONES, SUPERSTICIONES Y CHARLATANISMO

En este medio de lujo materialista y pedantería superficial, era sólo natural que la creencia literal en la religión sobreviviese sólo

entre la gente pobre e ignorante. Sin embargo, aun entre ellos no se trataba de una convicción espiritual honda, sino más bien de un cumplimiento de ritos externos a fin de asegurarse la benevolencia divina. Los ricos también cumplían estos ritos, pero en su caso se trataba, aún más que en el de los pobres, de un gesto superficial, de un cumplimiento de las conveniencias sociales.

Sin embargo, el siglo de Luciano fué uno de resurrección de los valores religiosos, pero como la fe helénica no podía satisfacer los anhelos y la curiosidad de la gente con respecto a lo sobrenatural, procuraban llenar este hueco en sus vidas de diversas maneras. Muchos se hicieron partidarios de sectas extranjeras, entre las cuales las del dios persa Mitras alcanzó tal popularidad que llegó a ser el rival más serio del cristianismo; los soldados romanos favorecían especialmente este culto persa. La trinidad egipcia de Isis y Osiris con su hijo Horus también contaba muchos secuaces dentro del Imperio Romano, teniendo estos dioses sus templos propios en la misma Roma.

Por otra parte, muchos adoraban a la diosa-madre frigia, la gran Cibele; y como si estas religiones importadas, combinadas con el panteísmo greco-romano, no fuesen suficientes, también existían cultos organizados por individuos que se hacían pasar por hombres-dioses. Por otra parte iba en aumento, en este siglo, el número de sectarios del cristianismo.

Era costumbre de los creyentes paganos adorar tanto a los dioses greco-romanos como a los extranjeros, según se ofreciese, pero ni con un surtido tan grande de divinidades estaban conformes sino que recurrían adicionalmente a los magos, brujos, adivinadores y nigromantes que abundaban en el Imperio Romano en esa época. Muchos de estos aventureros emigraban del Asia Menor a las provincias europeas a fin de lucrar con la credulidad de la gente.

Aun la gente culta—los mismos filósofos y escritores más destacados de aquella era—aceptaban a los dioses paganos de hecho, a pesar de que muchos entre ellos negaban teóricamente su existencia. También aceptaban y repetían de buena fe toda clase de consejas y supersticiones que oían; creían en los augurios, los portentos, las profecías y las adivinaciones. El mismo Plinio el Viejo, hombre extraordinariamente erudito, dijo: “Todos tenemos miedo de ser traspasados por maldiciones y encantamientos.” (41) Si éste era el caso con los eruditos, se comprende que la gente ig-

norante tenía una fe más que ciega en todos estos procederes mágicos.

Aquella mezcolanza de creencias exóticas constituía una verdadera jungla del oscurantismo. Casi nadie supo resistirse ante ella, siendo tan pocos los pensadores racionalistas que no tenían importancia, según nos lo hace ver Luciano en su obra **Zeus Trágico** en donde representa a Zeus sumamente preocupado por la actitud de los filósofos agnósticos y ateos, y por el peligro de que se derrumbe la religión helénica por la falta de creyentes. “¿Qué se pierde,” le dice Hermes para consolarlo, “si se nos van unos cuantos humanos (convencidos de que no existen los dioses)? Los que creen lo contrario constituyen la gran mayoría—todo el pueblo griego y todos los bárbaros!”⁽⁴²⁾

En estas circunstancias, los vividores que se presentaban haciéndose pasar como manifestaciones corpóreas de la divinidad no tenían gran dificultad en lograr su aceptación, con tal de saber tramitar un plan ingenioso. Se conserva la memoria de sólo uno que otro de estos dioses-hombres, pero es probable que hubo otros de su especie cuyo recuerdo se haya perdido en el sumidero del tiempo, ya que, de no ser por el relato que Luciano nos dejó de la vida de aquel impostor tan sorprendente, Alejandro, tampoco tendríamos ningunos datos sobre él, a pesar de que estableció en el Asia Menor un culto a sí mismo que duró unos dos siglos, abarcando entre sus fieles a cientos de miles de creyentes esparcidos por todo el Imperio Romano.

La historia de este hombre es tan exótica que casi no se podría creer, a no ser por las comprobaciones materiales de su existencia que se han excavado en años recientes en la misma Asia Menor y que coinciden exactamente con los informes consignados en el relato fantástico de Luciano. Vamos a detenernos un poco para saber quién fué este Alejandro, ya que su vida no sólo es interesante de por sí sino que da una idea nítida de la credulidad religiosa y supersticiosa de los contemporáneos de Luciano.

Alejandro se estableció como un dios oracular, a mediados del Siglo II A. D., en la ciudad de Abonoteico, en Paflagonia. Fué un joven aventurero de muy buena presencia, a juzgar por la descripción que nos hace de él Luciano, quien lo conoció personalmente. Dice que Alejandro era “alto y bien parecido, realmente

como un dios; de tez blanca, barba no muy gruesa,ojos vivos y brillantes de inspiración, voz dulce y penetrante a la vez.”(43) Según cuenta Luciano, este Alejandro hizo su aprendizaje de sinvergüenza en su juventud, primero como el favorito de un viejo pederasta y después como el de una matrona rica. Ya era un hombre formado cuando entró en sociedad con un mago asiático, quien le enseñó muchos trucos, ideando después los dos pillos el enterrar en Abonoteico unas tabletas que anunciase la próxima llegada a esa ciudad del médico deificado, Asclepio, con su padre el dios Apolo, a quien Alejandro representaría en persona. Aquí conviene recordar que solían guardarse serpientes sagradas en los santuarios de Asclepio.

Cuando los abonoteiquenses encontraron estas tabletas, fué tal su convicción de su autenticidad, que se pusieron luego a cavar los cimientos de un templo destinado a albergar a sus visitantes divinos. Entonces Alejandro, secretamente y de noche, escondió entre los cimientos del templo, en el sitio del manantial que había allí, un huevo de ganso que él había vaciado, deslizando dentro del cascarón una viborita y tapando después la perforación. A la mañana siguiente se presentó en la plaza de la ciudad, “desnudo, con excepción de una faja dorada. . . . y sacudiendo su cabello suelto cual. . . . un ser divinamente inspirado; y se subió a un altar elevado para hablar al pueblo, felicitándolo puesto que iba a recibir luego al dios visible. . . . Con mascullar unas palabras ininteligibles que querían ser hebreas o fenicias, aturdió a la gente, porque no entendían lo que decía, con excepción de que entremezclaba a lo que decía los nombres de Apolo y de Asclepio.” (44) Después, bajándose del altar, Alejandro corrió al sitio del templo, adonde se puso a cantar himnos a Asclepio y a Apolo; y luego de haber pedido la bendición del cielo, se inclinó y sacó de entre las aguas del manantial sagrado, el huevo consabido; y “cuando rompió el huevo, recibiendo en la mano a aquella viborita y los presentes la vieron moverse y enredársele a los dedos, prorrumpieron luego en un grito; acogieron al dios y felicitaron a la ciudad, comenzando cada quien a orar hasta la saciedad, pidiendo tesoros, salud, riqueza y los demás bienes para sí mismo.” (45)

Habiendo establecido en esta forma la identidad de la viborita como la re-encarnación del dios Asclepio, Alejandro se retiró prudentemente unos días de la vista del público, para perfeccionar los

detalles restantes de su chantaje, de los cuales el principal era una serpiente grande y mansa que había traído de otra región del Asia Menor. Durante este período de retiro, fabricó para el animal una cabeza de lino a semejanza de la del dios Asclepio, y luego que tenía todo listo, convidó al público a venir a verlo a él y al dios-serpiente, en un cuarto “mal iluminado, adonde el mismo Alejandro yacía acostado sobre un diván, vestido en forma digna de un dios. Tenía abrazado a su pecho una serpiente..... extraordinariamente grande y bella..... Escondía la cabeza del animal debajo de su brazo, enseñando por el otro lado la cabeza de lino hecha a semejanza de Asclepio”, de manera que causaba la impresión de ser una serpiente viva con cabeza humana. (46)

El público que desfílaba por la pieza quedó tan absolutamente convencido de que la serpiente era el mismo Asclepio y que Alejandro era un dios-hombre aparecido en la tierra en representación de Apolo, que de allí en adelante el asunto fué facilísimo. Se apresuró la terminación del templo comenzado, y en él se instalaron Alejandro y su serpiente, realizando allí por espacio de muchos años un negocio espléndido de venta de contestaciones oraculares, con un ingreso anual promedio de unos treinta mil dólares, a base de cobrar un dólar treinta y cuatro centavos por respuesta.

Otras respuestas oraculares eran más caras por ser los llamados **auto-oráculos**, pronunciados directamente al interesado por el dios-serpiente; pues Alejandro arregló hacer moverse la cabeza postiza y abrir y cerrarse la boca, con alambres invisibles, de modo que pareciese que la misma serpiente hablaba, mientras que quien lo hacía era el mismo Alejandro o un ayudante suyo escondido detrás de una cortina.

La convicción de la gente de que Alejandro era divino se volvió inquebrantable cuando vieron que él devolvía las preguntas, que se le entregaban en rollos sellados, con la contestación relativa, sin conocerse ninguna violación del sello original. ¡Sólo un dios, pensaron, podría adivinar preguntas a través de rollos opacos sellados! Luciano explica este punto diciendo que Alejandro levantaba los sellos con una aguja al rojo-vivo, de manera que cuando se volvían a colocar, seguía intacto el sello original. O bien, cuando no se podía levantar el sello, le tomaba un molde, reemplazando entonces el original con un duplicado idéntico.

No sólo la gente ignorante sino oficiales altos del Imperio Romano creían ciegamente en la divinidad de Alejandro—llegando la cosa hasta un extremo tal que cuando este charlatán dijo haber tenido amores con la Luna y que la Luna y él habían tenido una hija, nadie lo dudó. Al contrario, cuando el mismo Alejandro celebraba la conmemoración de sus amores con la Luna, en un rito lleno de misterio orgiástico, la esposa de un oficial romano estacionado en Abonoteico se prestaba gustosa, y con el consentimiento de su marido, a hacer el papel de la Luna en esta ceremonia tan erótica. Otro funcionario romano, de alta categoría y edad avanzada, residente en la misma Roma, se casó con la joven dicha hija de la Luna y de Alejandro cuando el oráculo así lo ordenó.

Este mismo funcionario romano, yerno de Alejandro, proporcionó un ejemplo conmovedor de la fe ciega que se tenía en este embaucador: Mandó preguntar a Alejandro con quién convenía más que estudiase un hijo suyo, fruto de un matrimonio anterior, contestando el profeta que bajo la guianza de Pitágoras. Cuando la respuesta oracular llegó a Roma, el joven ya había fallecido, pero el padre, lejos de culpar a Alejandro por no haberle prevenido la muerte del joven, aceptó la contestación con fe inalterable, explicando que Alejandro había dicho que el joven habría de estudiar bajo Pitágoras porque previó efectivamente su temprana muerte y sabía que el joven podría realizar sus estudios sólo en Hades, bajo la guianza de la sombra de Pitágoras.

Los fieles que rodeaban a este charlatán estaban tan incondicionalmente a sus órdenes que “los hombres anhelaban que Alejandro se fijase en sus esposas, y si las encontraba dignas de su amor, el marido creía que el bien inundaría su domicilio a raudales; muchas mujeres se jactaban de haber tenido hijos de él, atestiguando sus esposos que decían verdad.” (47)

Desde luego Alejandro protegía sus intereses económicos con dar contestaciones convenientemente ambiguas a las preguntas que se le sometían. Tenía espías por todas partes del Imperio, a fin de poder intercalar datos exactos en las respuestas destinadas a los altos personajes que le mandaban consultar; y a veces pronunciaba respuestas a preguntas imaginarias, repletas de pormenores precisos, para impresionar al público y contrarrestar la ambigüedad de sus demás contestaciones.

La fama de Alejandro fué tal que aun después de su muerte, se le siguió adorando como a un dios durante dos siglos; ésto a pesar de que, habiendo él predicho que moriría de un rayo a la edad de ciento cincuenta años, falleció antes de llegar a los setenta, a consecuencias de una infección putrefacta que se le extendía por toda "la pierna hasta la ingle, hirviendo de gusanos" (48). Todavía en 294 A. D., según lo cuenta el mismo Ovidio, se llevó a Roma, de Epidauro, una enorme serpiente que se decía era el dios-médico Aesclepio, construyéndose un templo-hospital en honor de esta serpiente en una isla en el Tíber. (49)

Hemos hecho esta digresión tan larga sobre el culto de Alejandro, por ser el caso concreto que mejor da una idea del estado caótico de las creencias religiosas de entonces.

Luciano, rodeado de tanto oscurantismo, resume su actitud respecto a los oráculos diciendo a uno de ellos: "No veo con qué fundamento pides un honorario. Porque si puedes cambiar el destino, poco pedirás, por mucho que sea; y si todo ha de suceder de acuerdo con la voluntad de Dios, ¿de qué sirve tu predicción?" (50)

Además de referirse al culto novedoso de Alejandro, Luciano describe detalladamente, en su hermoso tratado **La Diosa de la Siria**, el de la gran diosa-madre Cibeles (a quien él llama **Hera**, a la usanza helenista), y la fundación de su templo en Hierópolis, Siria, por la reina Estratonice. Este culto, que fué introducido en Italia en el tercer siglo A. C., seguía floreciendo todavía, durante la época de Luciano, en el Imperio Romano, gracias a la atracción que ejercía sobre los humanos y especialmente sobre las mujeres, por proporcionarles una diosa-madre a quien orar.

Para entender esta religión, necesitamos recordar que se basaba en la muerte trágica del joven Atis, a quien se adoraba en tiempos primitivos como el amante de Cibeles pero a quien la tradición posterior transformó en su hijo, a fin de presentar a la diosa bajo un aspecto más espiritual. Este mito, al par del de la diosa-madre egipcia, Isis, y su hijo Horus, era sólo una de tantas leyendas inventadas por la humanidad para explicar la muerte invernal de la vegetación nacida de la tierra-madre, y su resurrección periódica, simbolizándose estos fenómenos por una diosa que representaba a la tierra-madre y por su hijo quien moría y resucitaba en épocas fijas como la vegetación.

El culto de la diosa-madre Cibeles exigía que sus sacerdotes, los llamados **Galli**, estuviesen castrados. Después de referir el origen legendario de esta exigencia, Luciano narra cómo, en la fiesta primaveral de este culto, se enloquecían de tal manera los celebrantes que muchos de los jóvenes asistentes, habiendo venido sólo a ver, se afectaban de tal manera con la manía colectiva que se castraban allí mismo para hacerse sacerdotes de la diosa. Citaremos las palabras de Luciano, quien refiere que a gran parte de los celebrantes “les llega la locura, llegando a obrar de la siguiente manera muchos que sólo vinieron a ver. Diré lo que hacen: El joven afectado en esta forma arroja de sí su ropa y con un gran grito se coloca en medio de los celebrantes; y toma una espada, que tiene muchos años de estar allí (en el sitio consagrado a la fiesta). Al tomarla, se castra inmediatamente y luego corre a través de la ciudad, llevando en las manos lo que se ha cortado. (De los habitantes de) la casa en que arroje lo cortado, recibe el vestido mujeril y adornos femeninos (que usará ya de sacerdote de Cibeles)”.⁽⁵¹⁾

Con esto vemos cómo aquellos cultos oscilaban desde la charlatanería alegre de un Alejandro hasta la tragedia profunda de una Cibeles.

Se cree que esta castración de los sacerdotes de Cibeles tenía dos objetos, siendo el primero el de que mediante el sacrificio de las partes pudendas, se ayudase al dios Atis a efectuar su resurrección primaveral, acelerándose y beneficiándose también con ello la renovación del poder generativo de la madre-tierra, simbolizada por Cibeles.⁽⁵²⁾ Luciano menciona específicamente el segundo objeto—el de permitir que las mujeres trataran libremente con los Galli, llegando algunas hasta a quererlos entrañablemente, sin que nadie lo viese con malos ojos.

Resulta difícil creer que esta secta, con ritos tan barbáricamente crueles, haya florecido en el Imperio Romano durante nuestra era, pero tal fué el caso; y los datos que Luciano proporciona sobre sus ritos son enteramente fidedignos, habiendo sido plenamente confirmados por las investigaciones recientes del sabio inglés, Frazer.

Con respecto a este mismo culto tan trágico, Luciano agrega un detalle simpático: Dice que se consagraba a los niños a la diosa Cibeles, con presentarle un rizo del bebé, encerrado en una vasija

de metal precioso que se fijaba en el interior del templo. Cuenta que él mismo fué consagrado en esta forma, de niño; pero no hay que fiarse mucho de esto como dato autobiográfico.(53)

A pesar de la decadencia progresiva de la fe greco-romana en aquella época, y de la competencia tan acentuada entre los cultos importados, las fiestas religiosas correspondientes a los dioses clásicos sobrevivían, pues está de acuerdo con la naturaleza humana que las prácticas placenteras subsistan aun habiendo desaparecido los motivos en que se fundaran. Con respecto a estas festividades, Luciano dedica tres tratados breves a la fiesta de la Saturnalia, cuyas costumbres han sobrevivido en gran parte en las celebraciones de la Navidad cristiana, puesto que se observaban en el Imperio Romano del 17 al 23 de diciembre.

A juzgar por lo que dice Luciano, estas fiestas saturnales eran de una índole marcadamente comunista. Tanto los ricos como los pobres, los libres como los esclavos, gozaban exactamente de los mismos privilegios. Las únicas distinciones permitidas eran en todo caso a favor de los pobres y en contra de los ricos, pues en los banquetes saturnalianos los amos y sus amigos tenían que servir a sus criados y esclavos, quienes comían antes que ellos, ateniéndose los amos a ser servidos después si los criados estuviesen en condiciones de proporcionar servicio alguno. Los ricos tenían adicionalmente la obligación de enviar regalos de consideración a personas pobres y de mostrarse sumamente complacidos al recibir cualquier bagatela que se les obsequiase a su vez por los receptores de sus regalos, pues estaba prohibido el poner mala cara.

En **Cronosón** Luciano establece, seguramente en tono de mofa, la castración como castigo para quien no cumpla alguna de las reglas prescritas para la celebración de estas fiestas. Aunque esto no es de tomarse en serio, parece que efectivamente se recurría a castigos extremos en el caso de incumplimiento de las tradiciones festivas. Frazer cuenta cómo, hasta el siglo IV A. D., se seguían celebrando las Saturnalias, cuando menos en distritos del Imperio Romano retirados de la Capital. Al abrirse el período festivo se nombraba a un Rey de las Festividades, el "Rey Saturno", quien gozaba de absoluta libertad en sus acciones, pudiendo hacerse divertir como le diese la gana y hasta mandar a los demás en cosas que no afectasen al gobierno real. Pero al llegar las fiestas a su término,

este rey tenía que pagar sus diversiones y su pseudo-poder o bien degollándose a sí mismo o dejándose degollar en el altar de Saturno.

Cuenta Frazer que al ser nombrado Rey el soldado Dasio en el Siglo IV de nuestra era, se rehusó a aceptar el cargo, y por lo tanto fué ejecutado inmediatamente, habiendo sido canonizado después por la Iglesia, en virtud de su martirio. (54) Luciano no hace mención de ningún Rey Saturno nombrado por los humanos, pero sí dice que el castigo señalado, el de la castración para quien no cumpla los ritos establecidos, es en conmemoración del acto del dios Saturno al castrar a su padre Urano.

Claro que esta fiesta ha de haber resultado molestísima para los ricos, quienes procuraban cumplirla cediendo lo menos posible en terreno material, según se ve por la queja de los pobres que Luciano consigna en sus **Epístolas Saturnales**. Sin embargo, Luciano también expone el punto de vista de los ricos, haciéndoles decir que si regalasen todo con motivo de estas fiestas, ellos mismos se quedarían pobres y tendrían que pedir limosna a su vez; y que aunque en los banquetes saturnales celebrados a expensas de los ricos, los pobres comen y se embriagan libremente, se van de allí renuentes y llenos de envidia; y que cuando están ebrios, tratan de tomarse libertades con los mocitos que sirven el vino o bien con cualquier mujer o concubina de quien puedan echar mano; y que vomitan en plena sala de banquete. (55)

Otra costumbre religiosa a que Luciano se refiere repetidas veces es la de que "cuando muere un miembro de la familia, luego se le mete un óbolo a la boca, para servir de pago al conductor de la lancha (Carón)". Claro que Luciano no desaprovecha esta costumbre como una nueva oportunidad para burlarse de la religión, narrando la desesperación de Carón al dar con verdaderos pobres, como Ménipo, que no traen el óbolo consabido ya que nadie se preocupó en lo más mínimo por su muerte. Este trance resulta insoluble para el mismo Carón, pues por una parte no puede dejar de trasladar a Hades a ningún finado, pero por la otra tampoco está conforme en trabajar gratis.

Luciano nos cuenta también cómo muchos de sus contemporáneos creían en el poder milagroso de estatuas sagradas y profanas, haciéndoles ofrendas de dinero y de hojas de plata, que se les pegaban con cera, por vía de agradecimiento de los milagros efectuados por ellas. Si algún impío violaba el tesoro de tal estatua, se

creía que su castigo sería rápido y seguro, realizándose por la misma imagen. (56)

Al lado de estas creencias torpes, la superstición crecía holgadamente. Muchas cosas eran "de mal agüero", estando incluidos en esta categoría los infelices eunucos, creyéndose que "tales personas (los eunucos) merecen ser excluidos de los templos y privados de acceso a las pilas de agua bendita, así como de acceso a todas las reuniones públicas. . . . ; si, al salir alguien de su casa por la madrugada ve a uno de ellos, es espectáculo de mal agüero y de mala suerte." (57)

Los cojos y los monos estaban incluidos también en la categoría de seres de mal agüero, diciendo Luciano: "Evitamos a los cojos del pie derecho, sobre todo si los vemos en la mañana temprano; y si alguien ve a un sacerdote castrado o a un eunuco o bien un mono, al salir de su casa, da la vuelta y se regresa, augurando que no saldrán bien sus negocios aquel día, con semejante presagio adverso a su principio." (58)

En cuanto a la creencia en la posibilidad de resucitar organismos muertos mediante determinados procedimientos, Luciano consigna la conseja de que "si se espolvorea una mosca muerta con ceniza, revive y nace por segunda vez y tiene una segunda vida desde el principio; y esto debe convencer a todos de que también el alma de las moscas es inmortal." (59) Claro que la segunda parte de esta cita es sólo un sarcasmo de Luciano con respecto a la creencia de algunos filósofos en la inmortalidad del alma humana, lo cual Luciano se negaba a aceptar por no tener ninguna prueba de ello.

Tanto las mujeres como los hombres recurrían a los servicios de brujos para que les preparasen filtros de amor, a fin de asegurarse el objeto de su cariño. En el **Amante de las Mentiras**, uno de los interlocutores relata los conjuros y evocaciones complicadísimos efectuados por un mago hiperboreano a fin de que un joven pudiera gozar de la compañía nocturna de su hermosa vecina. Fué necesario hasta evocar el espíritu del padre finado del joven y obtener su consentimiento expreso al objetivo propuesto, antes de poder ser llamada la mujer en cuestión. El comentario de Luciano sobre todo esto es característico:

"Pero si yo conozco a la que dices por una dama amorosa y accesible, y no veo por qué razón necesitaste recurrir. . . . a un mago hiperboreano y a la misma Luna, cuando era posi-

ble hacerla venir.... con pagarle veinte dracmas! Ella es sumamente susceptible a esta clase de encantamientos, pasándole lo contrario que a los fantasmas; pues éstos huyen si oyen algún sonido de bronce o de hierro, según vosotros mismos decís, mientras que si ella oye sonar la plata, viene corriendo hacia el sonido.” (60)

VI.—LA MEDICINA

Era sólo natural que en aquella época la superstición reinase en el campo de la medicina, al lado de los remedios empíricos. Luciano nos cuenta cómo, por ejemplo, algunos pretendían curar el reumatismo con envolver la parte afectada en una piel de león que llevase un diente de comadreja. Otros creían que los males corporales se alejaban con el pronunciamiento de conjuros mágicos, siendo tan absoluta la fe en esta clase de procedimientos que había quienes creían que los mismo animales ponzoñosos abandonaban un predio si se les aplicaban las fórmulas correctas. Luciano nos hace ver claramente que él no creía en semejante magia, tomando esto sus contemporáneos como prueba de que era un ateo. En cambio, Luciano sí creía en los medicamentos probados y en la atención médica apropiada.

La medicina parece haber sido una profesión algo arriesgada en aquel tiempo. En **Desheredados** se nos informa cómo un médico estaba expuesto a ser demandado legalmente si moría un paciente suyo a resultas de un tratamiento aplicado de buena fe. Lo mismo que los médicos contemporáneos, los de aquella época insistían en conocer las verdaderas circunstancias de una enfermedad antes de diagnosticarla. “El médico,” nos dice Luciano, “que conoce las verdaderas circunstancias, puede curar con seguridad; no conociéndolas, yerra.” (61)

También menciona la costumbre de sangrar a los enfermos, que todavía habría de durar otros quince siglos, así como la de aplicar fomentos húmedos a las inflamaciones, como se hace todavía.

Parece que la gota era una enfermedad muy extendida entre los ricos, no existiendo para ella ningún remedio eficaz, a juzgar por lo que Luciano nos cuenta en dos tragi-comedias sobre este tema.

VII.—LA ETICA

El desarrollo de las supersticiones y la creencia en la magia, combinados con el decaimiento de la fe religiosa y el auge del ma-

terialismo, no favorecían las prácticas éticas. Si hemos de creer a los historiadores y literatos antiguos, la ética práctica jamás preocupó grandemente a los pueblos clásicos, y en tiempos de Luciano tampoco sobresalía. Tratándose de la conveniencia personal, de la guerra o de la venganza, no parecen haber existido trabas morales de ninguna especie. El fin justificaba los medios. Si se deseaba asesinar a un rey, por ejemplo, no había inconveniente alguno en fingirse uno su amigo a fin de poder matarlo a mansalva. ¡Esta venerable costumbre ha sobrevivido fácilmente a los siglos!

Notamos, sin embargo, cierto adelanto en nuestra ética comparada con la de los tiempos de Luciano, al leer su comentario de que: “Es de perdonarse si una persona, oprimida por el hambre, recibe algo de un conciudadano y después jura no haber recibido nada, (lo mismo que es de perdonarse que) alguien pida obsequios descaradamente o mendigue o robe ropa o negocie con impuestos (públicos).....; nadie se desacredita al recurrir a cualquier medio para protegerse contra la necesidad.” (62)

En aquella época también se veía con buenos ojos el echarle en cara a otro sus defectos físicos o el criticarlo por su falta de oportunidades educacionales en la niñez, lo cual no se tolera actualmente entre personas educadas. También se veía bien que el vencedor en un concurso público se vanagloriase ante los vencidos, burlándose de ellos.

Con respecto a la amistad, parece que significaba una relación mucho más estrecha y sincera que lo que modernamente se llama por el mismo nombre. Luciano describe el carácter sagrado de este lazo entre los escitas, probablemente con cierta exageración, pero aun así señala un criterio básicamente distinto al moderno. Dice que los escitas sellan un pacto de amistad, bebiendo cada uno sangre del otro, agregando que en esta forma “no hay nada que pueda disolver el pacto que nos une. Se permite que entren un máximo de tres amigos al pacto, pues consideramos al que tenga muchos amigos semejante a las mujeres públicas y adúlteras, y creemos que la amistad ya no tiene la misma fuerza si se reparte entre muchos.” (63)

VIII.—LA POLÍTICA

Luciano habla poco de cuestiones de política que atañen a su época, habiendo optado, seguramente, por la discreción mejor que

el valor en terreno tan peligroso. Sin embargo, la descripción que hace de los oradores públicos, en su **Profesor de Oratoria**, podría adaptarse sin grandes modificaciones a muchos demagogos modernos.

Dice Luciano, claro que con su sorna habitual, que para ser orador público y conquistarse los aplausos de las masas, no se necesita saber nada en concreto, ni pasar por ningunas pruebas preliminares. Los únicos requisitos son mucho nervio y fanfarronería, aplomo para gritar y apelar a las emociones de las masas, un surtido de alusiones estereotipadas, palabras altisonantes, y mucho aparato al aparecer en público, incluyéndose en este último requisito el tener una banda de secuaces que lo aplaudan a uno estrepitosamente a la vez que se mofen y silben a los contrarios de uno. Ciertamente su descripción del demagogo de entonces no nos representa un tipo desconocido.

Aunque el tratado doble de retórica que Luciano hizo sobre el tirano Falaris no se refiere a condiciones políticas contemporáneas al autor, es interesante por los puntos de contacto que establece entre las tiranías antiguas y los estados totalitarios del Siglo XX, así como entre los aislacionistas de entonces y los actuales.

Luciano describe el dilema en que se encontraban los sacerdotes del oráculo de Delfos, al recibir del tirano Falaris un ofrecimiento para su dios, Apolo, consistente en un toro de bronce, maravillosamente esculpido pero adaptado para servir también de instrumento de tortura. La imagen tenía el cuerpo hueco y de tamaño adecuado para recibir a un hombre vivo, al cual se asaba lentamente a través de aberturas en el vientre de la estatua. Al quejarse la víctima, el aire producido por sus gemidos hacía funcionar unas flautas instaladas en el hocico del toro, de manera que el victimario disfrutase del goce doble de saber que se estaba asando su enemigo y de oír sonidos melodiosos.

Los sacerdotes delficos no sabían si este toro, que se les enviaba como ornamento de su templo y no como instrumento de tortura, era realmente un ofrecimiento apropiado para su dios, puesto que sabían que ya había sido utilizado para matar gente y así podría considerarse contaminado. Tenían, además, ciertos escrúpulos respecto a la propiedad de recibir una ofrenda cualquiera de un tirano tan notorio por su crueldad absolutista como lo era Falaris. Sin embargo, no faltaba entre los sacerdotes alguno que argumen-

tase precisamente como argumentaban los aislacionistas de años recientes, al decir:

“No hemos de dar fe plena a estos relatos (de los crímenes del tirano Falaris), ni en el caso de que sean narrados por personas que se dicen víctimas de los mismos, ya que es dudoso que digan la verdad. Mucho menos hemos de colocarnos en el papel de acusadores en asuntos de los cuales no tenemos conocimiento. Pero aun cuando algo por el estilo haya sucedido en Sicilia, nosotros, los de Delfos, no necesitamos preocuparnos por ello, a menos que deseemos fungir de jueces en vez de sacerdotes y, cuando debiéramos estar celebrando sacrificios y otros ritos divinos y ayudando a consagrar las ofrendas que se nos envíen, sentarnos a especular sobre si la gente más allá del mar Jónico es gobernada justa o injustamente.

“¡Que lo de los demás sea como sea! A nosotros nos es necesario, creo, ver por lo de nosotros mismos.... el templo y el pitón y el oráculo y los sacrificantes y los fieles. Estos son los campos de Delfos, éstos sus ingresos, de aquí su prosperidad, de aquí sus lujos.”(64)

Este tirano Falaris también observaba prácticas que siguen siendo utilizadas hoy día, y al par de los dictadores modernos, las justificaba con buenas palabras, diciendo:

“Tengo veladores en los puertos y agentes para preguntar quiénes son (los viajeros que llegan) y de dónde vienen, a fin de poder despedirlos en su partida con los honores debidos.”(65)

En **Nerón** Luciano se refiere a otra costumbre de los gobernantes de la antigüedad, observada modernamente, consistente en inaugurar personalmente obras públicas. Al hablar de la iniciación de los trabajos ordenados por Nerón para la excavación de un canal a través del Istmo de Corinto, Luciano cuenta cómo Nerón inició la obra, empuñando un azadón de oro y “sumiéndolo en la tierra tres veces, entre los aplausos y cantos” de los presentes. (66) Los antiguos también tenían nuestra costumbre de obligar a los presos a desempeñar la parte más ruda de las obras públicas, de manera que, en el caso del malogrado canal del Istmo, los presos tenían que remover las rocas mientras los soldados sólo excavaban la tierra.

IX.—DICHOS POPULARES

En general los datos consignados por Luciano respecto a la sociedad en que vivió, son de índole íntimamente humana. Otro

aspecto de su obra que también nos acerca a los hombres de su tiempo como seres de carne y hueso, con sentimientos iguales a los nuestros, son los proverbios que cita, siendo tal la frecuencia con que recurre a ellos que hace aparecer a aquella gente como semejante al pueblo español por su gusto de ilustrar los incidentes de la vida diaria con dichos populares. Entre los proverbios que Luciano emplea, están los siguientes:

“(No me di cuenta de que) me estaba esforzando para **salir del humo y entrar al fuego.**”(67) Actualmente se dice, “Salir de las brasas para entrar en las llamas.”

Fácil es ganar cuando uno corre solo. (68)

Tragar el anzuelo con todo y cebo. (69) En inglés se dice, **Tragar el anzuelo con cuerda y plomada.**

Entrar con los pies sin lavar (70), significa lanzarse a una empresa sin tomar las medidas previas de rigor, pues los griegos tenían la costumbre oriental de quitarse las sandalias y lavarse los pies antes de entrar a una casa.

Atar un león con un hilo. (71)

Luciano repite muchas veces, **¿Qué tiene que ver un perro con un baño?** (72) que tiene su equivalente en otro dicho que cita, **¿Qué tienen en común una lira y un asno?**(73) Actualmente se dice, en forma menos pintoresca, “¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?”

Perro que aprende a masticar cuero, jamás deja de hacerlo (74) se refiere a lo difícil que es extirpar costumbres malas. Todos conocemos el equivalente español de este dicho.

Tratar de blanquear a un etíope a fuerza de lavarlo (75) significa empeñarse uno en lo imposible.

El perro acostado en un pesebre, que ni come la cebada ni deja comer al caballo (76). Modernamente los ingleses se refieren lacónicamente al **perro en el pesebre** para significar quien retiene una cosa inútil para sí mismo, a fin de privar a otro de ella.

Esconder más rápidamente cinco elefantes bajo la axila que la lujuria. (77)

Volverse carbón un tesoro (78) se refiere a la destrucción de las ilusiones de uno, como cuando decimos ahora que las esperanzas se nos han vuelto ceniza.

Entre los **Epigramas**, viene un proverbio más digno de Benjamín Franklin que de Luciano: **Siempre es mejor el consejo de la lentitud, pues la prisa trae el arrepentimiento en pos.** (79) Ya he-

mos visto que Luciano se empeñaba en no acatar este consejo tan sabio, que tiene su paralelo en el refrán inglés: **Obrar con prisa y arrepentirse con calma.**

Para recalcar la diferencia tan grande que separa a los pobres de los ricos, Luciano cita el proverbio: **Como estamos ahora, uno es hormiga y el otro, camello.** (80)

¡**Odio beber con quien tenga memoria!** (81) es un dicho sumamente humano.

Los viejos se vuelven niños otra vez (82) nos confirma que la **segunda infancia** no es cosa nueva.

Bailar en la oscuridad, chocando con quien sea (83) quiere decir **arreglar un asunto al azar.**

Otro dicho muy humano, que recuerda quejas de conocidos que nos cuentan cómo trabajan sin lograr jamás salir adelante, es: **Habiendo laborado mucho, nos quedamos en lo mismo.** (84)

Un pie en el sepulcro (85) es igual al dicho moderno.

Nuestra expresión de **hilar demasiado delgado**, tiene su paralelo en el proverbio: **No vayamos a romper la cuerda, poniéndola demasiado tirante.** (86)

Sancho Panza tenía antecesores entre los cómicos griegos, si hemos de creer a Luciano: “Como dice el comediante, hay que **llamar a los higos higos y a las palas palas.**” (87)

Sacar un clavo con otro (88) es igual al dicho español; **bien comenzado, medio acabado**, es más alentador.

Escribir en el agua (89) recuerda al Cristo dibujando en la arena. Significaba exigir o soñar cosas imposibles—algo así como el construir castillos en el aire.

Luciano explica cuidadosamente el dicho de **Un buho a Atenas**, anotando: “. . . . el proverbio dice. **Un buho a Atenas**, pues sería ridículo que alguien llevase buhos allá, ya que hay muchos en aquella ciudad.” (90)

Tiene sentido paralelo el proverbio, **Siendo troyanos han pagado por ver tragedias** (91); pues como Troya fué la ciudad adonde se verificó una de las tragedias más crueles y prolongadas de que los clásicos tuviesen memoria, resultaba ridículo que los troyanos pagasen por ver todavía más tragedias. Es como si dijésemos, “Siendo europeos, ¡pagan por ver películas de guerra!”

Otra frase popular para describir un apuro muy grande, era: **Rogué a la tierra me tragase!** (92) exactamente como se dice ahora.

Sin embargo, los apurados de entonces que necesitaban hasta de la colaboración de la tierra, no la tuvieron, y ahora es enteramente igual si la tuvieron o no. Aun así, éste y los demás dichos citados nos acercan a los contemporáneos de Luciano, lo mismo que lo hacen los datos que proporciona sobre la vida en su época.

B I B L I O G R A F I A

LUCIANI Samosatensis Opera. Ex recensione Guillelmi Dindorfii. Graece et Latine cum indicibus. Editores Ambrosio Firmin Didot, París, 1840.

LUCIAN. Texto griego original con una traducción al inglés por A. M. Harmon de Yale University. Tomos I al V. incl. Wm. Heinemann, Londres, 1927.

LUCIAN'S DIALOGUES. Texto griego. Editados por W. D. H. Rouse. Clarendon Press, Oxford, Inglaterra. 1909.

ALLISON, Francis G.: Lucian, Satirist and Artist. Marshall Jones Co., Boston, Mass. 1926.

CHAPMAN, John Jay: Lucian, Plato & Greek Morals. Houghton Mifflin Co., Boston & New York. The Riverside Press, Cambridge, Mass. 1931.

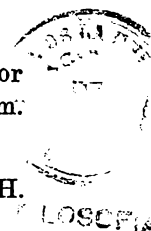
DURANT, Will: Caesar & Christ. Simon & Schuster, New York. 1944.

DURANT, Will: The Life of Greece. Simon & Schuster, New York. 1939.

FRAZER, Sir James G.: The Golden Bough. MacMillan Co., New York, 1940.

TACKABERRY, Wilson H.: Lucian's Relation to Plato and the Post-Aristotelian Philosophers. No. 9 of Philological Series of University of Toronto studies. University of Toronto Press, Toronto, Canada, 1930.

ENCICLOPEDIA BRITANICA, 14a. Edición. New York.



N O T A S

CAPITULO I.—LUCIANO, GENIO OLVIDADO

- 1 Enciclopedia Británica

CAPITULO II.—LA VIDA DE LUCIANO

- 1 Sueño o Vida, 1
- 2 Idem, 2
- 3 Idem, 2 seq.
- 4 Dos Veces Acusado, 27
- 5 Idem, 30 seq.
- 6 Idem, 29
- 7 Sobre un lapso al saludar, 13
- 8 Icaroménipo, 4-5
- 9 Bibliófilo Ignorante, 5
- 10 Alejandro, Pseudoprofeta, 56
- 11 De los Sedientos, 9
- 12 Sueño o Vida, 11
- 13 Resucitados, 9
- 14 Hércules, 4
- 15 Idem, 8
- 16 Apología, 4
- 17 Idem, 11
- 18 Idem, 12

CAPITULO III.—LAS OBRAS DE LUCIANO

- 1 Diálogos Muertos, 28
- 2 Imágenes, 22
- 3 Cit. por Harmon, A. M.: Lucian, IV-25b
- 4 Amante de Mentiras, 29
- 5 Cómo debe escribirse la Historia, 61
- 6 Carón, 19 seq.

CAPITULO IV.—EL ESTILO DE LUCIANO

- 1 Dos Veces Acusado, 34
- 2 Muerte de Peregrino, 37
- 3 Epístola a Nigrino, 6
- 4 Dos Veces Acusado, 34
- 5 Resucitados, 25
- 6 Dos Veces Acusado, 33
- 7 Idem, 1
- 8 Durant, Will: Caesar & Christ, 302-303
- 9 Icaroménipo, 11
- 10 Descenso a Hades, 1
- 11 Icaroménipo, 27-28
- 12 Sueño o Gallo, 1-2
- 13 Amante de las Mentiras, 6
- 14 Timón, 5-6
- 15 Descenso a Hades, 8 seq.
- 16 Carón, 13 seq.

CAPITULO V.—LUCIANO CUENTISTA

- 1 Amante de Mentiras, 31
- 2 Idem, 27
- 3 Idem, 28

- 3-a Idem, 25
- 4 Idem, 13
- 5 Sueño o Gallo, 3
- 6 Diosa de la Siria, 17 seq.
- 7 Idem, 19 seq.
- 8 Toxaris, 48

CAPITULO VI.—LUCIANO ANTE EL CRISTIANISMO Y LA CIENCIA

- 1 Amante de Mentiras, 16
- 2 Muerte de Peregrino, 12-13
- 3 Chapman, John J.: Lucian, Plato & Greek Morals, 98
- 4 Idem, p. 177
- 5 Hermotimo, 74
- 6 Chapman, op. cit., pp. 96-97
- 7 Astrología, 29
- 8 Resucitados, 20
- 9 Amante de Mentiras, 40

CAPITULO VII.—EL ICONOCLASTA FRENTE A SU EPOCA

- 1 Epístola a Nigrino, 15
- 2 De los Asalariados, 27
- 3 Epístola a Nigrino, 31 y 34
- 4 Cinisco, 17
- 5 De los Asalariados, 14 seq.
- 6 Idem, 26
- 7 Bibliófilo Ignorante, 13-14
- 8 Epístola a Nigrino, 13
- 9 Idem, 29
- 10 Simposio, 3
- 11 Epístolas Saturnales, 21
- 12 Toxaris, 13-14
- 13 Desheredado, 28
- 14 Simposio, 8
- 15 Parásito, 13
- 16 Diál. Hetairas No. 6
- 17 Idem, No.3
- 18 Idem, No. 12
- 19 Hermotimo, 81
- 20 Sueño o Gallo, 26
- 21 Epístola a Nigrino, 11
- 22 El Baile, 76
- 23 Idem, 64
- 24 De los Asalariados, 40
- 25 Idem, 17
- 26 Dos Veces Acusado, 6
- 27 Hermotimo, 81
- 28 Eunuco, 3
- 29 Anacarsis, 17
- 30 Bibliófilo Ignorante, 3-4
- 31 Idem, 19
- 32 Bibliófilo Ignorante, 1 & 19
- 33 De los Asalariados, 25
- 34 Diál. Hetairas No. 11
- 35 De los Asalariados, 4
- 36 Idem, 10
- 37 Idem, 19
- 38 Idem, 26

- 39 Idem, 5
- 40 Amante de Mentiras, 4
- 41 Citado por Durant, Will: Caesar & Christ, p. 60
(Plinio XXVIII-19)
- 42 Zeus Trágico, 53
- 43 Alejandro, Pseudoprofeta, 3
- 44 Idem, 13-14
- 45 Idem, 14
- 46 Idem, 15
- 47 Idem, 42
- 48 Idem, 59
- 49 Durant, op. cit. p. 62
- 50 Demonax, 37
- 51 Diosa de la Siria, 51
- 52 Frazer, Sir J. G.: The Golden Bough, p. 349
- 53 Diosa de la Siria, 60
- 54 Frazer, op. cit. p. 584
- 55 Epístolas Saturnales, 38
- 56 Amante de las Mentiras, 20
- 57 Eunuco, 6
- 58 Pseudologista, 17
- 59 Elogio de la Mosca, 7
- 60 Amante de las Mentiras, 15
- 61 Ocypus, 83-84
- 62 Pseudologista, 30
- 63 Toxaris, 37
- 64 Falaris II, 6 seq.
- 65 Falaris I, 10
- 66 Nerón, 3
- 67 Ménipo, 4
- 68 Sobre las Imágenes, 15
- 69 De los Asalariados, 3
- 70 Profesor de Oratoria, 14
- 71 De los Asalariados, 30
- 72 Bibliófilo Ignorante, 5
- 73 De los Asalariados, 25
- 74 Bibliófilo Ignorante, 26
- 75 Idem, 29
- 76 Idem, 30
- 77 Idem, 23
- 78 Amante de las Mentiras, 32
- 79 Epigramas, 13
- 80 Epístolas Saturnales, 19
- 81 Simposio, 3
- 82 Saturnalia, 9
- 83 Hermotimo, 49
- 84 Idem, 69
- 85 Idem, 27
- 86 Diál. Hetairas No. 3
- 87 Cómo debe escribirse la Historia, 41
- 88 Amante de las Mentiras, 9
- 89 Sueño o Vida, 3
- 90 Descenso a Hades, 21
- 91 Epístola a Nigrino—proemio
- 92 Pseudologista, 11